

REINADO DE BELLEZA Y OTROS JUEGOS

JUAN MANUEL GONZÁLEZ SEQUEDA

UNIVERSIDAD DE CARTAGENA
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE LINGÜÍSTICA Y LITERATURA
CARTAGENA DE INDIAS D. T. Y C.
2013

REINADO DE BELLEZA Y OTROS JUEGOS

JUAN MANUEL GONZÁLEZ SEQUEDA

Trabajo de grado presentado para optar al título de Profesional en Lingüística y Literatura

Asesor:

RAYMUNDO GOMEZCÁSSERES

**UNIVERSIDAD DE CARTAGENA
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE LINGÜÍSTICA Y LITERATURA
CARTAGENA DE INDIAS D. T. Y C.**

2013

RESUMEN

A despecho de los estudiosos de la infancia este no es un prólogo que se interese por un recorrido social, político o jurídico de los juegos. Tampoco, a despecho, esta vez, de los amantes de la literatura, escudriña el tratamiento del juego en las obras literarias a través de la historia. Ni mucho menos pretende ser medio de revelaciones o clarividencias del acto creativo y su consiguiente manifestación en el texto literario; cuya esencia, misteriosa, desborda el entendimiento del autor de las presentes líneas. La actual reflexión, si se le puede llamar de esta manera, simple y llanamente intentará contar la historia del nacimiento de este libro, que hoy se presenta como requisito para optar por el título en profesional de Lingüística y Literatura de la Universidad de Cartagena. Cuando mucho, a través de éste intento, como queriendo calmar miradas inquisidoras y filtros académicos, recurriré a opiniones que funcionarán como batuta de ciego, pues indicarán, dentro de las limitaciones, el paso a seguir en el oscuro y a veces blanco camino de la escritura literaria. Estas opiniones serán de escritores consagrados, ya clásicos, que he leído, y por los que siento empatía, tanto por sus obras, como por su manera de vislumbrar el acto de escribir

Agradecimientos:

Agradezco a quienes, de alguna u otra forma, contribuyeron en los juegos aquí transcritos. Especialmente a los integrantes de “coloquio”, que hicieron translucir su habitual crítica despiadada, exenta de “amiguismos”, en gran parte de la narrativa que le da cuerpo a este libro. A mi mentor, Raymundo Gomezcásseres, quien desde el primer momento creyó que la literatura era el espejo en que debía reflejarme. Y a los docentes, incansables consejeros bajo sequías o lluvias, Danilo De la Hoz, Emiro Santos García y Wilfredo Esteban Vega Bedoya, quienes con acierto oportuno comentaron, corrigieron y criticaron esta tesis.

A mis padres.

Y, por supuesto, a Lenis Osorio Aguilera, persistente tentadora de mi oscuridad.

ÍNDICE

Prólogo

El nacimiento de <i>Reinado de belleza y otros juegos</i> -----	7
Reinado de belleza y otros juegos -----	22
La décima habitación -----	24
Un beso, sólo un beso y un abrazo -----	27
Esa noche -----	32
Abuelo, sabía que... -----	34
Deseos -----	39
Los extranjeros -----	41
Desorden celestial -----	46
Pasos para llegar a ser flor -----	54
Dora -----	57
El reo -----	59
Mi más ardiente verdugo -----	61
Transformaciones -----	67
Vainas del amor -----	69
Reinado de belleza -----	71

El nacimiento de *Reinado de belleza y otros juegos*

*No seamos charlatanes y digamos con franqueza
que en este mundo no se entiende nada.*

Antón Chéjov

A despecho de los estudiosos de la infancia este no es un prólogo que se interese por un recorrido social, político o jurídico de los juegos. Tampoco, a despecho, esta vez, de los amantes de la literatura, escudriña el tratamiento del juego en las obras literarias a través de la historia. Ni mucho menos pretende ser medio de revelaciones o clarividencias del acto creativo y su consiguiente manifestación en el texto literario; cuya esencia, misteriosa, desborda el entendimiento del autor de las presentes líneas. La actual reflexión, si se le puede llamar de esta manera, simple y llanamente intentará contar la historia del nacimiento de este libro, que hoy se presenta como requisito para optar por el título en profesional de Lingüística y Literatura de la Universidad de Cartagena. Cuando mucho, a través de éste intento, como queriendo calmar miradas inquisidoras y filtros académicos, recurriré a opiniones que funcionarán como batuta de ciego, pues indicarán, dentro de las limitaciones, el paso a seguir en el oscuro y a veces blanco camino de la escritura literaria. Estas opiniones serán de escritores consagrados, ya clásicos, que he leído, y por los que siento empatía, tanto por sus obras, como por su manera de vislumbrar el acto de escribir.

Hace más o menos dos años en una de las tantas mañanas de sábado del taller literario “Coloquio”, el escritor y director de grupo Raimundo Gomezcásseres fue el vocero de la buena nueva: se había institucionalizado la posibilidad de graduarse con una obra de escritura creativa. Ésta debía estar acompañada, casi escoltada, por una disertación personal y académica. Los integrantes del taller recibimos la noticia con muchas inquietudes. Algunas de las cuales fueron: ¿Debía nuestro acto creativo adecuarse a políticas y condiciones “necesarias” para ser aprobado, para justificarse? ¿El proceso creativo, por

excelencia asistemático, plural, caótico, al menos para mí, tenía que encausarse en un proceso con principio y fin, sistemático, siguiendo pasos claros y específicos? En concordancia con esto último, ¿los textos que conformaran la obra debían ser coherentes en temas, enfoques y formas del lenguaje? ¿Esto significaría traición a nuestro oficio; traicionarnos nosotros mismos?

Recuerdo que algunas opiniones a las que llegamos fueron: el acto creativo, hermoso algunas veces, doloroso y obsesivo siempre, no empieza el día en que se decide graduarse con él. Es un acto de toda una vida, de todas las noches y los días, sobre todo las noches, de nuestra existencia. Era un acto que para nosotros había empezado antes que Colombia –y el mundo– se preocupara por fundar, apoyar y difundir programas de escritura creativa. “Quien es poeta, es poeta continuamente. Es asaltado por la poesía continuamente”, dijo Borges en una entrevista (Soler Serrano, 1976). “El ensayo del cuento del poema de la vida es un movimiento perpetuo”, escribió Monterroso en *Movimiento perpetuo* (1994:9). “[...] qué insaciable y abrasivo es el vicio de escribir”, exclamó, por su parte, García Márquez en el prólogo de *Doce cuentos peregrinos* (1999:343).

El escritor tampoco, dijimos, se hace cuando pretende ser aceptado por un asesor y un jurado. El escritor ya es cuando el vientre materno lo ha arrullado durante meses, y finalmente se cansa y lo expulsa a la tierra. Lo que vendrá luego es un arduo, y sin fin, proceso en constante alerta de perfección de lo innato, del don, de eso que le pertenece desde el impacto del espermatozoide y nadie le podrá arrebatarse, ni si una motosierra le practicara la autopsia, ni si se dedicara a prologar o epilogar cada uno de sus textos. Creíamos –lo seguimos creyendo–, como García Márquez, que “[...]se nace escritor, pintor

o músico. [...] pero no sucede por arte de magia: todavía falta la disciplina, el estudio, la técnica y un poder de superación para toda la vida” (2003:¶ 2). Traíamos a colación duelos tan severos con el lenguaje como el de un Flaubert o un Borges. “Un escritor, más que escribir, debe bordar sobre el papel; que el trabajo sea minucioso, elaborado”, nos aconsejó Chéjov (2005:59), por medio de las interpretaciones epistolares de Piero Brunello.

El acto creativo, seguíamos diciendo, sólo responde a búsquedas susurradas en la profundidad de sí mismo y del ser. No hay política, condición ni proceso que lo encasille, lo ponga en peligro, lo justifique, pues él estará blindado por su mundo interior y el nuestro. “El artista es responsable sólo ante su obra. [...] Su obligación es hacer su obra lo mejor que pueda hacerla; cualquier obligación que le quede después de eso, puede gastarla como le venga en gana”, sentenció Faulkner (VandenHeuvel, 1956). “Me parece una vanidad querer intervenir en un cuento con algo más que con el cuento en sí”, remató Cortázar (2001:65).

Por mi parte, olvidé adrede la posibilidad de graduarme con mi escritura, que hasta entonces –aún lo es; quizás lo sea siempre– era un montón de textos rasgados y tirados al piso –muchas veces antes de haberlos escrito– y un reducido y fragmentario grupo de textos, denominados por algunos como cuentos cortos, breves, hiperbreves, qué se yo. El sentimiento de poseer un oficio –pese a que el lengua larga cacaree falsa modestia–, que yo lo hacía incompleto e imperfecto se unía al deseo egoísta de escribir, como acierta Horacio Quiroga en su decálogo –tal como es citado por Cortázar (2001) en *Del cuento breve y sus alrededores*–, *sólo para el pequeño ambiente de mis personajes, del que podría haber sido uno*. Durante un considerable tiempo me ocupé de imprecisos temas de investigación en el área lingüística, primero, y después en literatura. En lingüística traté de analizar, desde el

enfoque compasivo por lo subalterno del análisis crítico del discurso, la imagen discursiva que los líderes comunitarios de Nelson Mandela –barrio en el cual vivo desde hace 14 años–, tenían sobre la ciudad y su comunidad. En literatura intenté responder la pregunta: ¿de qué forma la poesía del cartagenero Pedro Blas Julio Romero sacraliza el mal, representado en lo excluido históricamente? Como es de suponer, ninguno de dichos proyectos vio la luz. Es decir, no pudieron transformarse en cuerpos sólidos y sistemáticos, requerimientos indispensables para que una monografía de grado sea aprobada y archivada entre la humedad y el polvo del Centro de Documentación Meira del Mar. Claro que si contara con mayor suerte, también ocuparía un espacio reducido, preciso, de algún estante de la escasa –sobre todo en libros referidos a las Ciencias Humanas–, Biblioteca Fernández Madrid, de la Universidad de Cartagena, esperando la mirada caritativa del consultor.

El interés por la lingüística llegó para el año 2010, siendo estudiante de sexto y séptimo semestre. En ese entonces me soñaba como un futuro y próspero investigador dedicado a la lingüística, que, en sus ratos de intimidad, se obsesionaría con devorar indiscriminadamente literatura, arte, y escribir textos salidos vaya a saber uno de dónde. Todo parecía el final de una telenovela hasta que, para entonces, no fui el mismo. No sólo quería estudiar nuestra realidad lingüística, basándome en postulados importados de Europa y Estados Unidos, sino que –ahogado en lecturas incompletas de la teoría poscolonial y del pensamiento crítico latinoamericano, que tanto le debo a la profesora Cielo Puello Sarabia–, pretendí, o más bien deseé, crear novedades en las herramientas teóricas para describirla. Mi fracaso fue inminente: me hicieron saber –quizás yo me hice saber–, que era uno de los tantos soñadores paranoicos del aire que había pasado por la historia de Lingüística y Literatura,

pues no contaba con las capacidades humanas e intelectuales necesarias para tal empresa – debía esperar al menos un doctorado, y si acaso–, y tampoco el programa ni la universidad estaban interesados en formar al Noam Chomsky latinoamericano. Al fin de cuentas, la fuerza de voluntad agonizante de mi proyecto de investigación lingüístico se convirtió en nota final del curso Seminario de Investigación I.

Por el momento satisfizo la curiosidad el darme cuenta que, por un lado, al sopesar mi interés y compromiso entre el área de la lingüística y la literatura, la segunda sobrepasaba en evidencias a la primera. Y por otro, resultado de un análisis somero, tenía –aún la sigo teniendo–, la leve impresión de que la literatura hecha en esta parte del mundo –desde, y en especial la que le dio forma a la modernidad literaria, tanto poética como narrativa–, llevaba avances, claro, inocentes y accidentales, en conocimiento de la tan nombrada descolonización, a despecho o júbilo de estudiosos y grupos dedicados a este tema. De esta manera, ansioso de novedad, como aconseja Umberto Eco (2001) en *Cómo se hace una tesis, de trabajar a un contemporáneo con el mismo ímpetu que se trabajaría a un clásico*, caminé con la frente en alto hacia el proyecto de investigación literaria. A principios del año 2011, cursando octavo semestre –por cierto, último de la carrera universitaria según el reglamento regido para este y otros programas a partir de la primera mitad del año 2006–, me interesé por la poesía de Pedro Blas Julio Romero, gracias a una charla sostenida con el poeta en “Coloquio”, y a la insistencia crónica por el énfasis investigativo que la carrera le da a la literatura del Caribe colombiano. Las ínfulas de próximo egresado grandilocuente se habían extinguido: no me importaba terminar como un desempleado más de programas profesionales con poca demanda comercial. Me conformaría con estudiar apasionada y

amorosamente lo que me gustara, aunque pareciera una hipérbole pretenciosa, considerando que mi familia espera y necesita con ansias mi aporte económico.

Durante dos años y medio –de 2011 a la primera mitad del 2012– me interné en la oscuridad, maldad y caos sagrado que pulula en la poesía de Pedro Blas Julio Romero desde el poemario *Poemas de calle lomba* (1988) hasta *Rumbos* (2009).–*Cartas de un soldado desconocido* (1971), su primer libro, es demasiado nadaísta: esto no quiere decir que, como lo advierte el entrevistado Raimundo Gomezcásseres, en el estridente, exagerado y mal concebido simbolismo del documental-ficción *Tres Veces Pedro*, los lineamientos generales de su poética no se empiecen a vislumbrar desde él. *Pañol de proa* (2011), su último poemario, posee una edición, liderada por Ediciones Pluma de Mompox, y auspiciada por el macroproyecto “Voces del Fuego: Testigos del Bicentenario”, llena de yerros, a veces imperceptibles, otras, tan marcados que obligan al escritor a advertirlo a quién le obsequia el libro–. La obnubilación por un poeta cuya vida y obra revela desde otro ángulo, un ángulo familiar para mí, el ser, la ciudad, Latinoamérica, resultó en más de ochenta páginas escritas a mano. Entonces, quizás para darle fin a un ciclo y empezar otro, sólo era cuestión de entregas, revisiones y procedimientos protocolarios; además de tener que ganar el examen de suficiencia en inglés –injusto, por supuesto, por lo injusto de cursos deficientes y aislados de la malla curricular–. No obstante, opté por archivar el trabajo de un año y medio en la zapatera del escaparate, lugar transformado en biblioteca personal.

Como puede constatarse, el olvido de graduarme en escritura creativa, y su consiguiente empleo en imprecisos temas investigativos, es más una relación resultante de este discurso –una necesidad de digresión–, y la capacidad inventiva del lenguaje, que de la realidad,

debido a que, si hacemos memoria, los poemarios, las novelas, los libros de cuentos y las obras dramáticas fueron aprobados y acogidos legalmente como requisitos de grado a inicios de 2011. O sea, la escritura creativa como tesis fue casi simultánea con mis primeros pasos en el proyecto de investigación literaria. En contra de la fuerza de lo dicho en párrafos anteriores, no pudo existir una relación consecuente entre el intencional olvido de grado en creación literaria y los intereses investigativos.

Sin embargo, lo que sí es copia de la realidad es que si hubiese podido graduarme el mismo semestre en que entré a la Universidad de Cartagena –I período de 2007–, con mis textos cortos –de hecho no hubiese sido posible, porque sólo eran dos o tres cegados por la autobiografía, el mesianismo y la denuncia–, me hubiera hecho el del oído sordo, como lo hice cuando me enteré en último semestre. Y es que, cómplice lector, lo que me llevó a no pensar siquiera graduarme en creación literaria tiene que ver con dos puntos que escribí al empezar esta reflexión: *ser el dueño de un oficio, que yo lo hacía incompleto e imperfecto, y escribir sólo para el pequeño ambiente de mis personajes del que pude ser uno.*

El acto creativo para mí es un acto de dolor, casi con la misma intensidad romántica del ruiseñor de Oscar Wilde (2003), que entrega su rosa de sangre al desgraciado estudiante. Y éste la recibe ignorante e indiferente, como aquellos lectores que leen libros literarios sin poder saber, o sin pretender saber, el proceso fatídico que tuvo que atravesar cada palabra, cada frase, para estar en sus manos. Aunque, a ciencia cierta, yo no creo rosas –suponiendo que a los textos literarios se les pueda denominar de este modo, que ya es lugar común–, con la aparente facilidad de dicho ruiseñor, sino, por el contrario, se me hace tan difícil escribir que la mayoría de las veces, cuando tengo algo sobre el papel, me siento incapaz de

terminarlo. No he escrito nada si antes, o después, he sudado lo suficiente. Tal vez esto sea una de las principales razones por la cual soy un escritor neófito de pocas líneas, sumando, además, el sentimiento de crearme un niño que intenta responder sus primeras preguntas existenciales –asumiendo la mala interpretación del niño como un ser escaso de experiencia para asumir el mundo–. Simultáneamente están las fiebres, como las llamaría Flaubert, producto de la lucha con el lenguaje. Y al final queda el sin sabor de estar frente a algo que es insuficiente, algo que no pudo captar en su totalidad aquello que te empujó a escribirlo. Algo que merece la hoguera. Pero si, dicen por ahí, Dostoyevski y Cervantes escribían mal; si el mismo Sábato, quien cita el caso de los anteriores, confiesa en *A Fondo* (Soler Serrano, 1977), como queriendo excusar sus pulsiones pirómanas, que escribe mal, ¿qué se deja para un neófito, que apenas intenta dar sus primeros pasos en la ardua profesión de escritor?

Dolor, no tan penoso, por padecer en todo momento la hermosa manía –manía que me falta mucho trecho por recorrer–, que se alimenta de la lectura paciente, que escudriña preguntas sin respuestas y transforma las entrañas. No aludo, sólo a la buena letra impresa, y a su actual letra digitalizada, sino tal vez, con mayor fuerza, a mi mente y mis actos, a mi entorno y a las personas de mi alrededor, a los atardeceres y los olores nauseabundos, a los cantos de los pájaros y los actos sexuales; al arte en todas sus manifestaciones. “Está bien leer mucho, estudiar con ahínco [...] pero observar a las personas le sirve más a un escritor que la lectura de los mejores libros”, se decía frecuentemente Leopoldo, uno de los memorables personajes de Monterroso (1994:55). Creo en una lectura volcada en gran parte –como capote con su “*Non Fiction Novel*”–, a la vida, a la realidad, cuyo fin sea superarla, en palabras de Vargas Llosa (2007), de transformarla a través de la palabra poética. *La*

literatura es una fantasmagoría en cuanto a la realidad, le comentaba Sábato a Joaquín Soler Serrano (1977), quien se había referido a la imagen que los libros de Sábato hacen de Rojas, pueblo en que éste nace.

Dolor por la necesidad de tratar de transcribir lo que Poe sufrió como “exorcización”, Kafka como “inspiración”, Joyce como “epifanía”, Borges como “revelación” y Cortázar como “extrañamiento”. Aquel sentir, sea fantástico o no, que te empuja a la constante obsesión por escribir un cuento, un poema, una novela. Esta necesidad, este nebuloso sentimiento, que me enajena, que me obliga a estar a su servicio, a estar en constante alerta, se relaciona indefectiblemente con la escogencia de Cortázar (1974):

A veces el cuentista escoge, y otras veces siente como si el tema se le impusiera irresistiblemente, lo empujara a escribirlo. En mi caso, la gran mayoría de mis cuentos fueron escritos -cómo decirlo- al margen de mi voluntad, por encima o por debajo de mi consciencia razonante, como si yo no fuera más que un médium por el cual pasaba y se manifestaba una fuerza ajena. (¶ 7)

Y con la opinión de Borges (2003):

[...] El escritor es un amanuense, él recibe algo y trata de comunicarlo, lo que recibe no son exactamente ciertas palabras en un cierto orden, como querían los hebreos, que pensaban que cada sílaba del texto había sido prefijada. No, nosotros creemos en algo mucho más vago que eso, pero en cualquiera caso en recibir algo (15).

Dolor por encontrarse frente a la hoja en blanco y no tener nada que ofrecerle a su soledad y silencio, porque nuestra soledad y silencio se niegan a salir –se hacen espuma, se atollan, para evocar la *Intensidad y altura* de César Vallejo (2003)–, a través de la

adecuada, exacta, imagen, palabra, frase, que le da vida a los personajes y su pequeño ambiente.

Dolor por hallar en la literatura, en la poesía, el único refugio y resguardo del mundo, que abre puertas, dimensiones innombrables donde el misterio del ser humano vuelve a ser latente, y sin embargo, no promete calma ni protección.

Pero, ante todo, dolor por escribir mal, por poseer textos sumidos en la incompletud e imperfección y un oficio, que, aunque está destinado al fracaso, se empeña y apasiona en llevar a cabo una única preocupación: darle vida a los personajes en su mundo. “Decir la verdad”, dice Vargas Llosa en *La verdad de las mentiras* (2007:18). En términos más claros, explica él seguidamente, *hacer vivir la ilusión de la escritura*.

He aquí lo que activó el olvido de mis textos como tesis, para confinarlos a los secretos rincones del movimiento perpetuo de mi vida y de las mañanas de “Coloquio”, donde algunas veces fueron depurados de ripios y malezas, y otras, asesinados. Entonces, se dirá el atento lector, si decidí graduarme con esta opción eso quiere decir que algo ha cambiado en lo dicho en los pasados párrafos. Claro que no. Al acto creativo lo siento igual que cuando empecé a escribir en una especie de diario, durante mi pubertad ahogada de violencia. ¿Qué pasó entonces? Pasó que una conversación sostenida con una amiga y compañera de viaje me reveló una epifanía simple y obvia. Si iba a recibir un título de pregrado gracias a una monografía a la que le esperaba el Centro de Documentación Meira Del Mar, si el Programa consideraba posible la escritura creativa como opción de grado, ¿por qué no hacerlo con una muestra de lo que ha atormentado mis días y mis noches: la escritura literaria? Tal vez esto no sería índice para salvaguardarla del polvo y la humedad,

pero al menos me sentiría mejor conmigo mismo: sería una muestra que me había demandado mayor esfuerzo, mayor seriedad, mucho más tiempo de trabajo –serían textos escritos entre el 2009 y el 2012–.

Estamos, pues, en la segunda mitad de 2012 con la plena certeza de archivar un supuesto proyecto de investigación literaria y defender el grado en Escritura Creativa. De inmediato revivieron en mí las dudas que habían sido removidas en “Coloquio”, pero otra vez el maestro Raymundo Gomezcásseres estuvo presto a sosegarlas. Con desconfianza compilé mis textos, que entre sí eran dispersos, inconexos, disímiles. Textos que se escribieron en su momento y que jamás, al menos no en serio, se habían pensado como libro o tesis. Textos disidentes en temas, enfoques y formas del lenguaje. Los fui uniendo a dibujos que imaginé, y luego esboqué, casi simultáneamente al proceso de escritura. Eran dibujos que se inspiraban en ellos y se solidarizaban con su condición inherente de incompletud e imperfección, porque ellos -los dibujos-, también se delinearon para padecerlas. Poco a poco, durante seis meses, me encerré a restar, sumar, restar, y a escribir y reescribir este prólogo.

Sorpresa fue mi expresión cuando el profesor Wilfredo Esteban Vega Bedoya me hizo ver algo que yo apenas sospechaba: un hilo doloroso y oscuro unía los textos. De nuevo, inevitablemente, recordé a Monterroso(1994) y a su Leopoldo, donde el escritor es un obsesivo con un tema. *Reinado de belleza y otros juegos* nació de esta manera, sabiendo que las piezas que lo conforman se relacionan entre sí sólo a través de él y en él, porque cada una, por cuenta propia, se pensó por sí misma. Cada una crea y aboga por su espacio, su juego, su pequeño ambiente incompleto e imperfecto.

Lector, ahora *Reinado de belleza y otros juegos* queda entre sus manos. Que sólo él hable por sí mismo. Que sólo él, como debería ser, sea prólogo, cuerpo y epílogo. Y que sólo usted decida qué hacer con él. Por mi parte, sólo me queda desear que los serios juegos que integran este libro sean como el árbol hermoso del que habla Cortázar (1974): “Ese árbol crecerá en nosotros, dará su sombra en nuestra memoria.” (§ 8).

Bibliografía

- Borges, J. L. Acerca de mis cuentos. En Borges, J. L. (2003). *Dossier*. Ediciones del Sur. Tomado de: <http://espanol.free-ebooks.net/ebook/Dossier/pdf/view>
- CEILIKA (Centro de Estudio e Investigaciones Literarias del Caribe), Universidad de Cartagena – Universidad del Atlántico, Financiación de Vicerrectoría de Investigaciones UdC. (Producción). Fernández Lago, Gabriel. (escritor/director). *Tres Veces Pedro* [documental-ficción]. Presentado en el marco del Seminario: Literatura, Género, Masculinidades y Diversidad Sexual en el Caribe 24-25 agosto, 2011.
- Chéjov, A. P. (2005). *Sin trama y sin final: 99 consejos para escritores*. Edición Piero Brunello. Traducción Víctor Vallejo Ballester. Barcelona: Alba Editores.
- Cortázar, J. Del cuento breve y sus alrededores. En Cortázar, J. (2001). *Último round*. Tomo II. México: SigloVeintiuno. pp. 59-82.
- _____. Algunos aspectos del cuento. Originalmente publicado en La Habana: *Diez años de la revista "Casa de las Américas"*. N° 60, Julio de 1974. Tomado de: www.literatura.vs/cortazar/aspectos.html/
- Eco, U. (2001). *Cómo se hace una tesis*. Barcelona: Gedisa. Biblioteca de Educación Herramientas Universitarias.
- García Márquez, G. (1999). *Cuentos 1947-1992*. Bogotá: Norma.
- _____. Un manual para ser niño. Tomado de: www.biblioteca.org.ar/libros/1907.pdf
- Julio Romero, P. B. (2009). *Obra poética*. Cartagena: Editorial Universitaria Universidad de Cartagena. El Reino Errante: Biblioteca de Literatura del Caribe Colombiano.

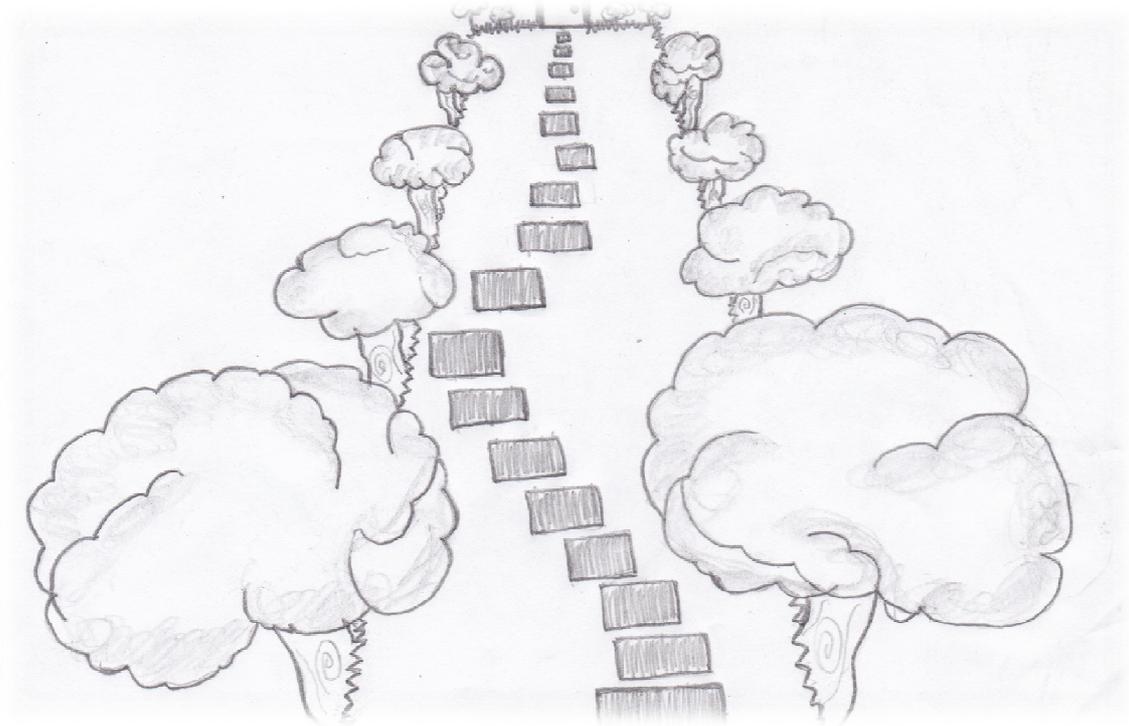
- _____ . (2011). *Pañol de proa*. Cartagena: Ediciones Pluma de Mompox. Colección Voces del Fuego: Testigos del Bicentenario.
- Monterroso, A. (1994) *Obras completas y otros cuentos*. Bogotá: Norma. Colecciones Cara y Cruz.
- _____ . (1991) *Movimiento perpetuo*. México: Era.
- Quiroga, H. Decálogo del perfecto cuentista. En Quiroga, H. (1993). *Los desterrados y otros cuentos de la selva*. Selección y prólogo de Juan Leonel Giraldo. Bogotá: Ancora Editores. p. 187.
- Soler Serrano, J. (1976). [Entrevista con Jorge Luis Borges: *A Fondo*]. *Imagen: Escritores en el archivo de RTVE*. Tomado de: <http://www.rtve.es/alacarta/videos/escritores-en-el-archivo-de-rtve/jorge-luis-borges-fondo-1976/1116621/>
- _____ . (1977). [Entrevista con Ernesto Sábato: *A Fondo*]. *Imagen: Escritores en el archivo de RTVE*. Tomado de: <http://www.rtve.es/alacarta/videos/escritores-en-el-archivo-de-rtve/entrevista-ernesto-sabato-fondo-1977/991743/>
- Vallejo, C. (1997). *Poemas humanos*. Buenos Aires: Losada.
- VandenHeuvel, J. S. (1956). Entrevista con William Faulkner. En *El oficio de escritor*. (1968). Traducción de José Luis González. México: Era. pp. 169-184.
- Vargas Llosa, M. La verdad de las mentiras. En Vargas Llosa, Mario (Comp.). (2007). *La verdad de las mentiras*. Madrid: Santillana. pp. 15-32.
- Wilde, O. (2003). *Cuentos completos*. Madrid: Espasa. Colección Austral.

El reinado de belleza y otros juegos



*¡Fuera de mi alcance está
todo cuanto existe!
“ ¡Es demasiado profundo
y nadie puede comprenderlo!
Eclesiastés 7.24*

La décima habitación



I

La mudez del pasillo, el circular comedor, la lejana recepción con su lámpara y sus dos mujeres de blanco contrastaban con la noche y el caos de la décima habitación: contra sus paredes reventaban preguntas. Silencios. Suplicas. Pasos de ayuda. Pasos de rechazo. Ingratitud. Repugnancia. Indiferencia. Sudor en las manos. Sudor en los pies. Historia. Cuentos. Uñas carcomidas. Sangres aceleradas. Poesía. Ironía. Dolor. Soledad. Burla. Desdén. Ojos ciegos. Amenazas. Risas. Escupitajo. Carcajadas. Maldiciones. Forcejeo. Golpes sordos. Golpes secos. Gritos forzados. Aire cortado a cuchilla. Un leve suspiro.

II

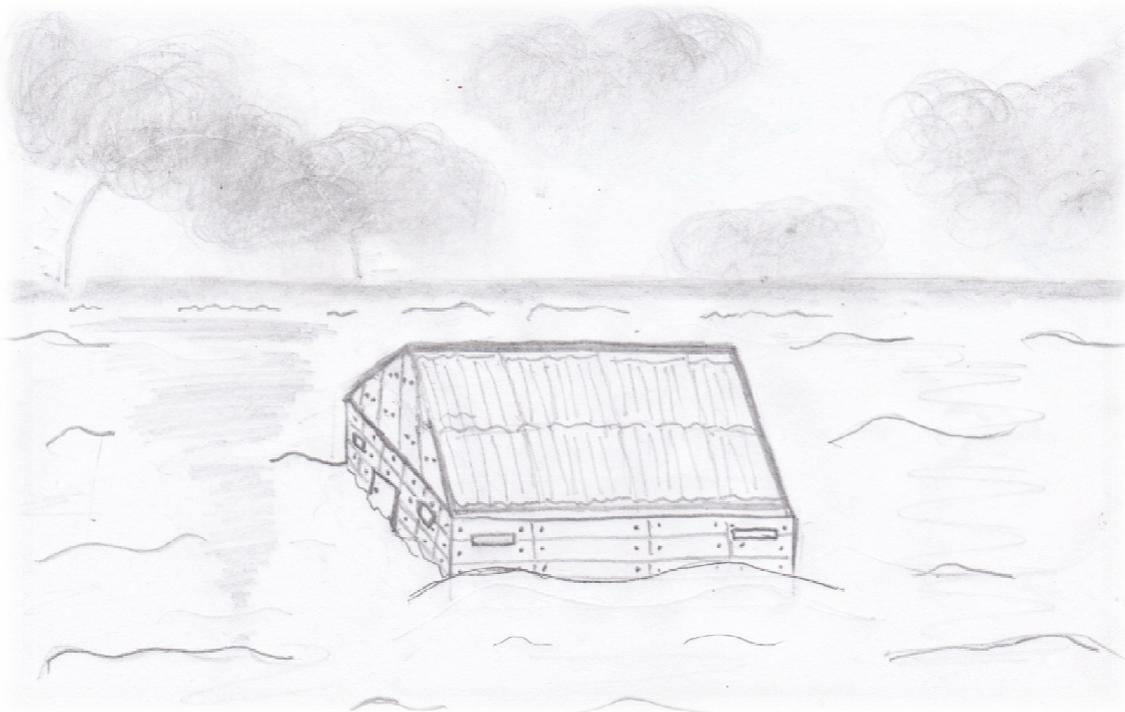
El sol apenas empezaba a subir y las enfermeras, junto a las dos que iban a remplazarlas, recorrían todas las habitaciones sin ninguna novedad. Excepto, como siempre, la décima habitación.

- Algo debe tener este sitio.
- Oye sí.
- Todo paciente que ingresa aquí se suicida.
- ¿Y éste cuando llegó?
- Anoche. Lo trajo toda su familia, bueno eso creo: su mamá...

- Una señora muy arrugada y canosa para la edad de sus ojos.
- ...y su papá.
- Un señor de cabello joven, pero con ojos arrugados.
- Si supieran lo qué tuvieron que hacer esos padres para hospitalizarlo sano y salvo. Lo protegieron de mil maneras, evitando que el papá de una niña como de diez años lo moliera a golpes. No ven que el muy vergajo se le había prendido de los cabellos a la niña, llevándose consigo una considerable porción de pelos lacios y dorados.
- Me imagino a esos padres cuando se enteren... llegarían ayer a su casa sin dirigirse la palabra, separados por el silencio. Tal vez cuando reciban la llamada de la muerte continúen así por el resto de los días.
- Su familia lo ingresó por urgencias. Allí estaba el doctor Rangel, quien al final de las preguntas y el procedimiento de rutinalo envió aquí.
- Yo noté como si él deseara ser internado, como si anhelara separarse de sus padres. Pero cuando se dio cuenta que se quedaría en el hospital, solo, que su familia caminaba hacia la salida, silenciosa, secándose los ojos, empezó a correr y gritar de un lado a otro, sin parar, hijueputiándonos a todos. Nos tocó inmovilizarlo. Gritó. Pataleó. Pero finalmente se quedó callado. Ya. No ocurrió nada extraordinario hasta el día de hoy.
- Bueno. Sabrá Dios.
- Llamemos a la policía.

Un beso, sólo un beso y un abrazo

A Kellys G. S., dibujante de niñez.



Aquel día el sol lanzó miradas que cegaban. El viento se deslizó por entre las rendijas de las paredes y por la puerta cerrada, llenando la sala de un murmullo suave y caliente. Mami como acostumbraba nos encerró bajo llave en la casa de tablas que alquiló durante algún tiempo. Después de sentir el mordisco final del candado, y sus pasos alejarse de la puerta, nuestros corazones dejaron de temblar.

En las horas en que se ausentaba éramos como pájaros estáticos en cielo diurno que creen ser estrellas y se sienten libres, felices y no tienen que hablar, caminar, realizar las tareas bajo las órdenes, los gritos y golpes de nadie. En ese momento la casa era nuestra: sólo para mi hermana y para mí. Por eso, la poníamos patas arriba, la desordenábamos de tal manera que únicamente quedaba huella del nuevo hogar; claro está, hasta el regreso de nuestra madre. Algunas veces mi hermana era la mamá y yo el papá; sufríamos porque si había para el arroz de piedra y para la carne de hojas verdes, no había para la leche de agua que alimentaba a nuestros tres niños de trapo. Otras veces pasábamos de la disputa siendo contrincantes eternos en la escondida, la peregrina, las chinas, el yoyó o en el balero, al apoyo incondicional siendo los mejores cómplices en las rondas, los programas de televisión y las canciones.

Sin embargo, ese 8 de abril de 1992 no hicimos nada de eso, las patas de la casa estaban intactas. Por algunos minutos, nos sentamos frente al aburrido televisor: estaban dando el noticiero. Al no quedar duda de que mami había desaparecido fuimos en busca de nuestro tesoro. Lo guardamos en la cueva secreta: un hoyo que mi hermana hizo debajo de su cama. El tesoro era una bolsa llena de huesos, recolectados en el ir y venir del colegio, y una alcancía, hecha por nosotros, repleta de monedas y billetes. Un mes nos llevó reunir tanto lo

uno como lo otro, no obstante el dinero exigió un esfuerzo gigante: no gastábamos nuestra plata de merendar en el recreo. Y, con la condición de que guardaran el secreto si no querían que nuestra madre emputadísima nos pintara a punta de rejo, le pedimos ayuda a cada uno de nuestros profesores con la excusa de que, de no colaborarnos, moriríamos de hambre. Todo salió perfecto y allí estábamos recogiendo nuestro esfuerzo.

La bolsa de huesos era para cambiarla en La Tintilililla por bocadillo, esa barra roja y azucarada. La Tintilililla era una carreta de madera conducida por un señor canoso, de ojos saltones, que ofrecía un montón de objetos de plástico y bocadillo a cambio de hueso, hierro, aluminio, cobre, oro, entre otros. Ese bocadillo lo utilizaríamos como provisión inicial para nuestra gran odisea. La alcancía hinchada de dinero la utilizaríamos para comprar comida más pesada y un barco, que nos llevaría a la tierra muy pero muy lejana, donde se ríe hasta reventar y los animales, las plantas y todas las personas son nuestros amigos. Para no levantar sospechas no cargaríamos con nada, excepto con la ropa que lleváramos puesta. El único inconveniente era que, desde nuestra primera visita a la playa, mi temor al mar no desaparecía. Para resolverlo mi hermana dijo que no me alarmara porque jugaríamos a la gallina ciega, de esta manera mis ojos se mantendrían cubiertos en todo el transcurso del viaje.

Mi hermana siempre fue buena para las matemáticas. De modo que ella se encargó de contar el dinero y yo, al escuchar los repiques del hierro de La Tintilililla entrando en nuestra calle, me puse en marcha colándome por la puerta de escape que habíamos construido en una esquina del pequeño patio. Sólo demoré unos minutos, así que, con su supervisión, la ayudé. Estuvimos tan entretenidos en nuestro quehacer que la cuenta

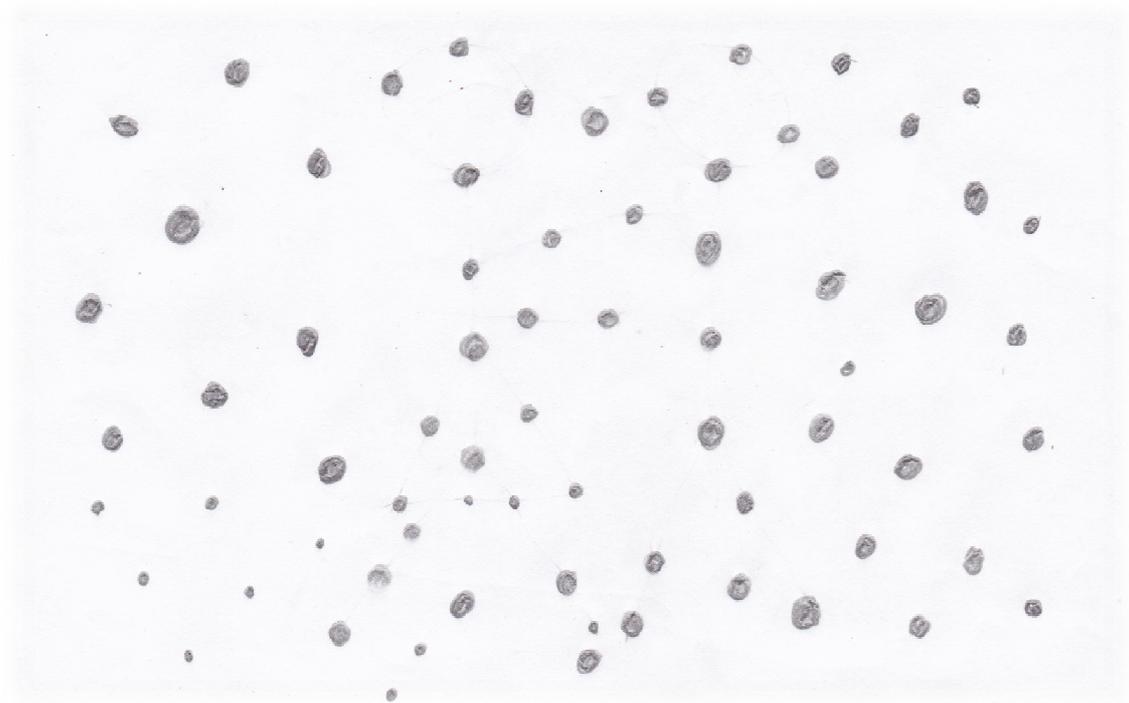
terminó en par patadas. Nos pusimos de pie con la intención de decirle adiós a la casa, pero nuestros ojos chocaron con una sombra que tapaba la entrada de nuestro cuarto. Tenía aire de estar allí desde hacía mucho. Cuando logramos identificar al fantasma casi desmayamos, nuestros corazones temblaban, sudábamos frío y yo casi me orino: era nuestra madre. Me froté los ojos pero, seguía ahí, imperturbable.

Nunca entendí lo que pasó. No escuchamos el chirrido de la puerta y, además, si siempre regresaba en la noche por qué justo ese día se apareció antes de tiempo. Nos imaginamos lo peor. Yo, con la mirada, le dije a mi hermana que ahora si nos mataría a golpes. Aunque, lo verdaderamente fatal para nuestras vidas fue la desilusión de ver nuestros planes derrumbados. Mami avanzó despacito hasta nosotros; su rostro duro, incuestionable, amargo, a medida que daba un paso más iba cambiando. Al estar frente a nosotros se dirigió a mi hermana y, en tono manso, cariñoso, desconocido, le pidió explicaciones. Mi hermana le dijo, con voz ronca y temblorosa, que teníamos ese dinero gracias a los profesores, y porque ahorramos nuestra plata de merendar. Mami preguntó: Para qué. Mi hermana respondió que para regalársela a ella en el día de las madres. Se arrodilló ante nosotros. Cerré los ojos esperando su severo puño. Pero para mi sorpresa nos abrazó y nos besó las mejillas con tanta ternura que ahora recuerdo exactamente como su piel rozó mi piel; fue la primera y única vez, al menos hasta donde la memoria me deja, que nuestra madre nos untó con su cuerpo y labios húmedos. Se apartó bruscamente, tomó el dinero y dirigiéndose a la salida dijo: ¿No les importa que lo tome antes de tiempo, verdad? Al menos, servirá para una semana.

Mami, al anochecer, sin solicitar ayuda, preparó una pomposa cena y ordenó cepillarse los dientes, orar y dormirse; mi hermana y yo, en medio de la oscuridad de nuestro cuarto, nos oímos respirar; el sueño se había enemistado con nosotros. Me paré de la cama y caminé hacía la de ella. Moviéndose suavemente me invitó a acostarme a su lado. Agarrados de la mano sentimos el mudo sollozo de la noche huérfana. Como un relámpago acarició mi cabello y mejilla y susurró con voz de amanecer: Llorar no vale la pena porque mañana desarmaremos la casa. Acerqué mi boquita de entonces a su oreja: Cómo así, ¿La pondremos patas arriba como siempre? No, no, replicó en tono aún más suave, la destruiremos para construir con las tablas, los palos y el techo nuestro barco. Apretamos nuestras manos como atardeceres casi muertos pero hermosamente coloreados. Se escucharon apacibles nuestros corazones, se entrelazaron nuestros cuerpos; nos unimos tanto que cualquiera hubiera jurado que los niños debajo de la colcha remendada eran siameses.

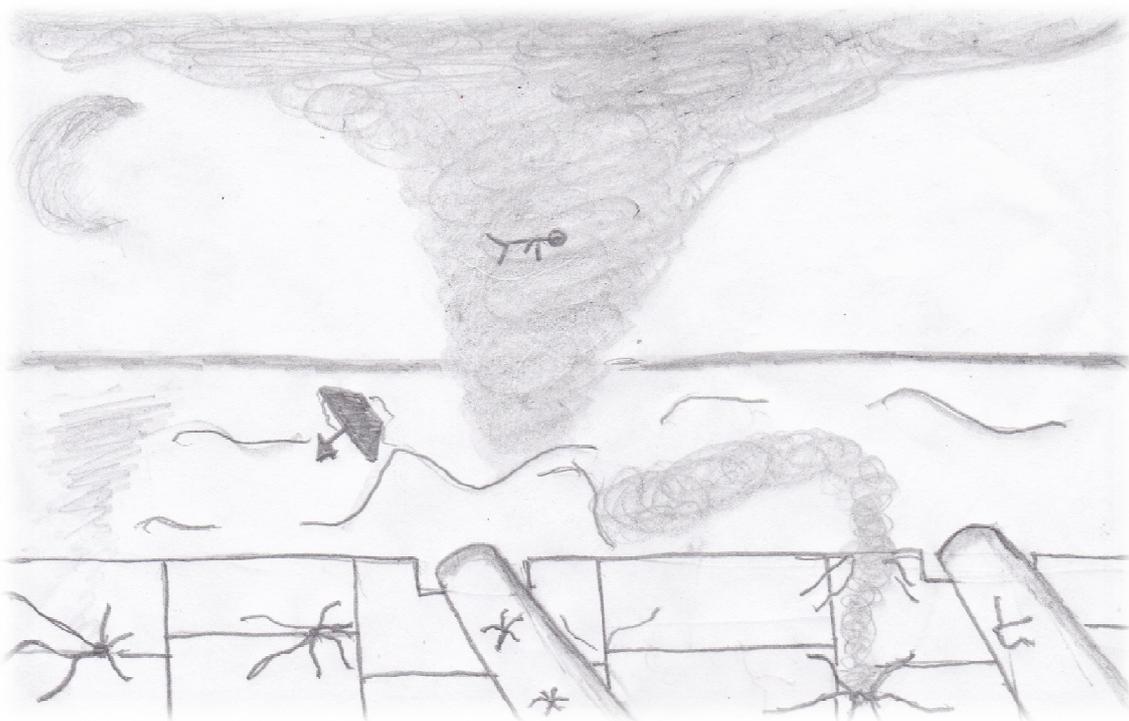
Esa noche

A Cenicienta, fugitiva
junto a mí de media noche.



Buscamos la parte más despejada y tranquila del bosque, para mirar las estrellas. A ti te encantaba observarlas, desde la adrenalina de lo clandestino. Parecíamos un par de árboles agarrados de la mano, tirados boca arriba, sobre la sábana negra de la hierba. Señalaste el cielo y, como si estuvieras regalando tus palabras al viento, dijiste: «a veces pienso que somos como algunas estrellas. Como las que siguen ahí, alumbrándonos, pero se extinguieron hace años luz. Tal vez somos el reflejo de algo que existió, de algo que alguna vez ocupó un lugar en el universo.» Yo seguí mirando el firmamento. Busqué en su belleza caótica la refutación a tu comentario. Pensé: le susurraré que me es difícil creer que somos espejismo, fantasma, de algo ya muerto; porque estábamos allí, tú estabas allí, yo te podía tocar. Moví la cabeza hacia tu lugar. Atónito, vi cómo iluminabas el bosque con una luz de luciérnaga eterna, mientras tu cabello se enredaba en el aire y tu cuerpo de niña, deformado por tu intermitencia, se confundía en la noche verde del bosque. Me dije que las explicaciones siempre están de más. Así que fui a tu encuentro. Te acaricé y besé. Lo hice tantas veces que aún hoy me arde la piel y los labios.

Abuelo, sabía que...



En uno de los barrios apartados y desconocidos de Cartagena estaba Leonardo, vestido con pulcritud como siempre, paseando de un lado a otro en la terraza enrejada de su casa. De tanto ir y venir se le había empezado a desgredar el cabello, esmeradamente peinado hacía el lado izquierdo de su rostro. Caminaba cabizbajo y con el ceño fruncido, porque sus padres partieron desde muy temprano al mercado a comprar la provisión del mes próximo, y a él lo dejaron en compañía y cuidado de su abuelo Pedro, quien desde hace tres meses vive con ellos por achaques de salud. Aunque el verdadero motivo por el que Leonardo se preocupa e impacienta, es porque no ha podido realizar su actividad preferida de los sábados por la mañana: sacar la libreta de apuntes que guarda en su bolsillo izquierdo y recitarle a su papá las cosas que aprendió en la semana de clases. Eso le dice a Claudia y a Sergio, sus mejores amigos, cuando le preguntan el porqué de la libreta, pero Leonardo que adrede acostumbra omitir secretos, incluso a sus mejores amigos, sabe a la perfección que sólo escribe en la libreta y lee a su padre lo que más le impactó, no importando que sea lo menos importante a la hora del examen. Su padre, luego de escuchar con muecas de interés, le da un fuerte abrazo y escogiendo las palabras le dicelo orgulloso que se siente de tener un hijo tan inteligente y juicioso, asegurándose de que escuche la madre en la cocina, y el abuelo absorto en sus pensamientos. Y Leonardo, sin modestia, asiente con la cabeza guardada en los brazos de su padre.

El sol empezaba a calentar las baldosas rojas de la terraza, y a Leonardo le brillaban algunas gotas de sudor en su frente y nariz. Finalmente se detuvo y miró a través de la puerta abierta de par en par al abuelo Pedro, abstraído en una silla viendo un programa de animales en la televisión. Se le dibujó una tenue sonrisa y miró al abuelo, esta vez como si

aquel señor canoso de ojos perdidos, padre de su padre, vestido como si fuera para playa, fuese el mayor regalo del día. No esperaba más a su papá, así que fue al encuentro de su abuelo. Mientras lo hacía notaba que las piernas del abuelo brillaban hinchadas, tal vez porque le prohibieron realizar su actividad preferida: pescar. Parado diagonal a él quiso interrogar la razón por la cual mueve apasionada y constante la boca, pero apenado prefirió ir al grano.

— Abuelo Pedro.

— ...

— ¡Abuelo!

— Sí, hijo –reaccionó, como sacudiéndose un tedio de mil años.

— ¿Puedo interrumpirlo?

— Tú dirás Leonardito –aceptó, intrigado por el sorpresivo abordaje de su nieto, quien suele ser distante y silencioso.

— Abuelo, sabía que... –se interrumpió para sacar la libreta de su bolsillo y abrirla con ambas manos en la parte que necesitaba leer—. Abuelo –repitió, asumiendo una postura como de revelador de misterios universales–, usted sabe cómo se alimenta la aglomeración de diminutas gotas de agua y de cristales de hielo suspendidas a diferentes alturas en las capas bajas de la atmósfera.

— ¡Qué, qué!

Leonardo, con la misma expresión de su profesora Rosa Escamilla cada vez que le toca repetir, le tomó la mano al abuelo Pedro y señaló el pedazo de cielo azul manchado de blanco que se encuadraba en la parte superior de la puerta.

— ¡Ah... las nubes! Creo que yo sé de qué se alimentan –dudó, no por inseguridad sino por seguir hablando con su nieto.

— Verá, lo que en resumen ocurre es que... todo hace parte de un ciclo, es decir de un círculo. Entonces, en cierto tiempo del año, de todos los años, el agua de la superficie terrestre, con la ayuda de un fenómeno llamado evaporación, se eleva en forma de gas a la atmósfera, y se eleva y se eleva y se enfría y se transforma en agua. Justo en ese momento la aglomeración se alimenta, para luego descargar lo que se comió. Y así sucesivamente.

— O sea, las nubes comen porque son parte de un eterno perro de agua mordiéndose la cola, mm... Leonardito, eso no es así.

— Claro que sí. Lo dijo mi profesora Rosa Escamilla y yo lo volví a leer en mi libro de naturales –asintió en forma retadora.

— Que no.

— Que sí.

— Yo te diré de qué se alimentan las nubes: de los peces del mar. Yo mismo lo vi con estos ojos que empiezan a ensombrecerse. Las nubes prefieren las noches más negras y solitarias para comer. Noches en que todos sueñan como muertos. Yo estuve en una de esas noches, en medio de un mar calmado. De pronto, empezó a estremecerse mi panga y oí

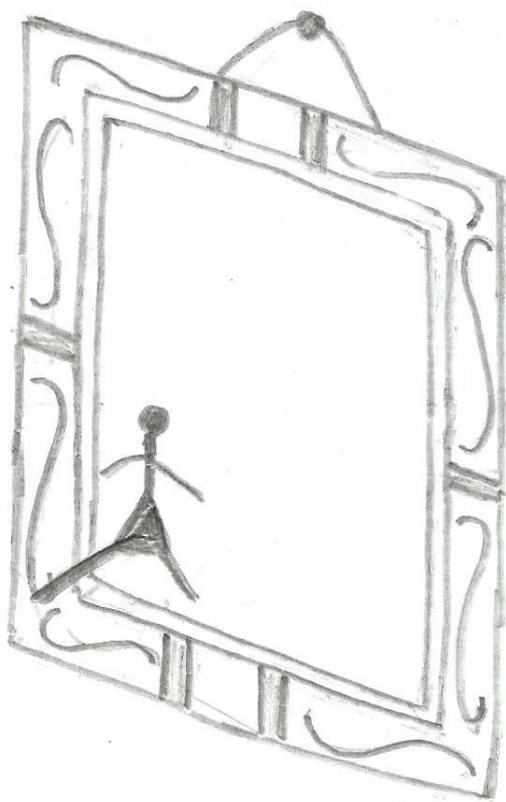
sonidos espantosos. A pesar del temblor de mi bote y cuerpo, logré alcanzar la linterna y apunté hacía el lugar de donde provenían los gritos y vi cómo las nubes abrían unas enormes bocas grises y absorbieron, entre cántaros de agua salada, todos los peces que estaban a su alcance: ballenas, tiburones, delfines, peces espadas, peces sierras, toda clase de peces pequeños, todo, todo; era espantoso. Como es de esperarse esa noche no pesqué nada, sin embargo le di gracias a Dios porque no fui una presa más de aquella cena exagerada.

— Abuelo, usted perdone, pero eso no es así –dijo, negando con la cabeza y cruzando las manos sobre su pecho.

— Bueno Leonardito, no puedo darte agua de azúcar para que me creas. Pero, si quieres, compruébalo por ti mismo: observa las nubes y verás todos los peces que han engullido. ¡Y que Dios te ayude! Porque no sólo verás peces.

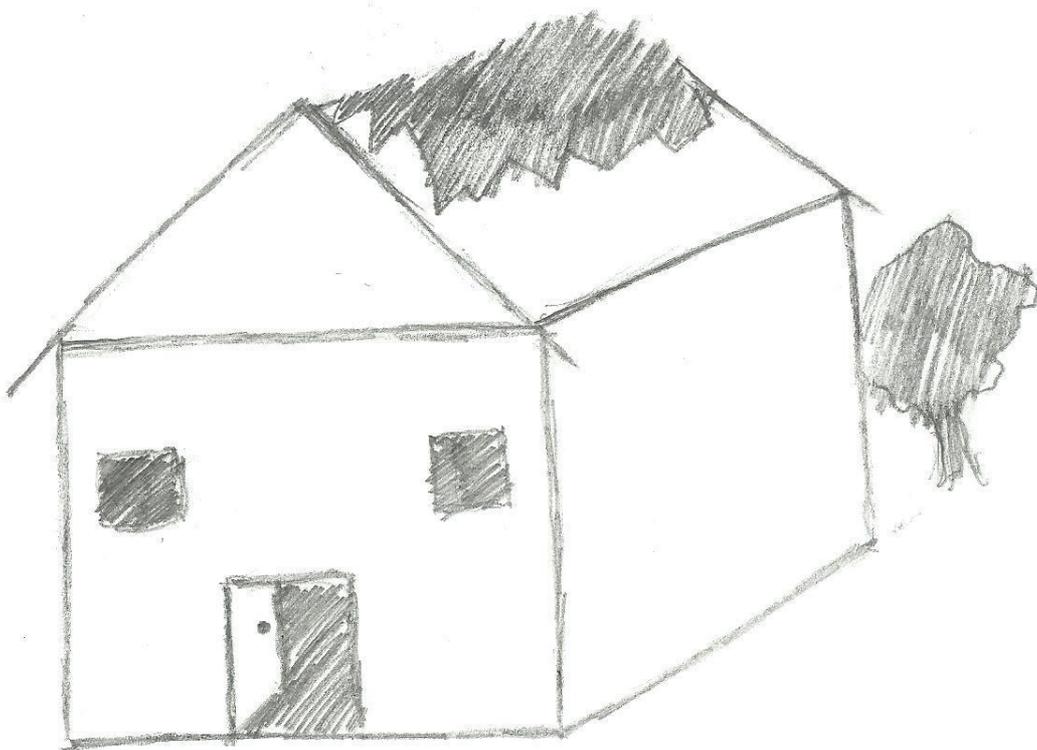
Leonardo recordó la frase que su padre le repetía a él y a su abuelo: Tú si eres terco. Y se dijo que hoy sí la entendía mejor. Caminó nuevamente hacia la terraza, decidido a retar el resplandor, el calor del sol y a esperar a su papá. Al poco tiempo el abuelo Pedro había vuelto a entrar en su letargo y Leonardo a pasear de un lado a otro en la terraza enrejada de su casa, ahora mirando furtivamente el cielo, y pensando en qué le iba a preguntar a su profesora Rosa Escamilla cuando regresara el lunes al colegio.

Deseos



Por enésima vez elogia el traje usado por el maniquí detrás de la vidriera, y desea ser ella. Y sería ella si su papá no le hubiese negado el dinero, y si su novio no fuera un pobre diablo. Se resigna a estrenar ese mes. Decide alejarse de la ancha ventana del almacén, pero su cuerpo no responde. Con ojos de plástico enjaulado ve moverse, al ritmo de sus pies, la espalda huesuda de la joven que la miraba y, nuevamente, desea ser ella; esa que nunca existió.

Los extranjeros



Lo vimos por primera vez al final de aquel año. Estaba estático, como la India Catalina, en la terraza de su casa. Tenía una piel blanca de rana platanera, que combinaba con su liso pelo bronce y ojos azul cielo ¿O eran verde esmeralda? No pronunciaba ni una palabra. No nos dirigía la mirada. Quizás porque es de Italia y no le entenderíamos ¿O porque se creía más que nosotros?

Mantuvo su actitud, incluso cuando trabajamos en su casa, haciéndole algunos arreglos de albañilería. Era incómodo. Sí, era muy incómodo. Quería estar encima de nosotros; clavándonos su rostro sin lengua, sus ojos perdidos; exhibiéndonos su torso descubierto y su pantaloneta corta; obligándonos a aspirar su tremendo grajo. Sí, así es. El olor que despedía su cuerpo era como si en sus poros anidaran millones de locos nuevos y millones de cocos rancios. Lo peor de todo era que no le daba ni pizca de pena. Si no fuera porque era italiano... ¿Quién va a aguantar la porquería de otros?

¡Ivano! ¡Ivano! ¡Ivano! Lo llamaba constantemente Marta, su mujer. A no ser por esos gritos, y porque es fácil de pronunciar no le sabríamos el nombre. Marta estaba hecha con Ivano; debía estar orgullosa. Entre sus manos tenía a un europeo lindo y con plata, siendo ella una negrita fea de Cartagena: nariz chata, chiquitica y pelo rucho; aunquerecompensada por Dios con un cuerpo imponente. Además, dicen por ahí, a los italianos les atrae la mujer negra.

A la pregunta de por qué se había venido a vivir un italiano a un barrio como este, si perfectamente podía estar hospedado en los mejores hoteles del centro de la ciudad, Gladis, Tomasa y la bizca de Clara, las chismosas como las llamamos, respondieron en detalle como siempre. Que era porque esa casa donde vivía no era de él, sino de Marta. Que ella

fue una mujer trabajadora. Siendo sólo una niña se colocaba una porcelana en la cabeza para ayudar a su mamá a vender fritos y frutas. Terminó el bachillerato. Estudió cocina en el SENA. Trabajó en la zona turística de Cartagena, ganándose con su eficiencia la gracia de su jefe, quien le propuso una oferta de trabajo en Italia. Ella gustosa accedió. Desde aquel momento su mamá empezó a recibir una remesa para su sostenimiento, y otra para el ahorro necesario de construcción de una casita; esa que ahora es suya. Ivano no la ayudó en nada. Y no vivió en el centro porque sencillamente no podía. Ese italiano era un “vida chévere”; sus padres eran quienes lo mantenían. Toda su existencia la pasó de un lugar a otro como los hippies o los jopos: que África, China, España, Estados Unidos, y quién sabe que otro lugar más. Pero ese italiano nunca había estado mejor: ¿No ven que Marta también apoyabaal muysinvergüenza?

Ivano habla español. ¿Habla español? Sí. Sí, habla español. Pero no se le entiende casi, dijo Sandra, la hija de la bizca de Clara, la única y mejor amiga de Ivano ¿O fueron más que amigos? Ella nos contó que a Ivano le gusta viajar, porque esto se relaciona con su historia. Él tuvo un hermano mayor, quien más allá del parentesco, fue su amigo y compañero de carreras, locuras y drogas. Su hermano murió en un accidente de tránsito. Ivano se sumió en un dolor profundo, llevándolo casi a la locura, no obstante logró salir de la depresión, convenciéndose de seguir el legado de su hermano: peregrinar los bordes del abismo. Desde entonces, más de treinta y cinco años, no pudo parar de viajar.

No es fácil adaptarse a ciudades como esta, le solía repetir a Sandra, mucho más a un barrio como este; aunque la verdad no existe una diferencia de fondo con otras partes del mundo. Aquí te miran como bicho, como si fueras un extraterrestre. Ninguno se da cuenta que

todos, sin excepción, son iguales a mí. Ninguno se comprende a sí mismo; ni intentan ni les interesa comprender a los demás. Nos tratamos entre sí como si fuéramos extraños; como si no hubiese condición existente o por existir que nos pudiera unir; como si conviviéramos con eternos extranjeros que deben ser ignorados, y cuando sea necesario, agredidos, y si sigue siendo necesario, aniquilados. Nadie mira hacia sus adentros. Y si, por casualidad, somos capaces de hacerlo, es para buscar una manera posible de meternos, de jodernos, en la vida del otro. A mí nadie me lo dice (finalmente tú eres la única que habla conmigo), pero yo sé que murmuran de mí. Imagino qué dirán: que soy un viejo bueno para nada, que no hago más que dibujar estupideces en la pared y consumir alcohol y drogas. Ya lo imagino, pero yo les diré: ¿creen que porque soy alcohólico y drogadicto soy peor ser humano que ustedes? ¿Me hace más animal llevar esta vida? Al menos yo intento causarme mal, afectarme, a mí mismo. Y mientras eso sea así, mientras mis puños, ofensas y puñales me agredan sólo a mí, mi alma tendrá la fuerza y el menor peso posible para alcanzar el cielo. Aunque la verdad no creo lograrlo, porque no depende de ti que alguien más resulte afectado. Mi hermano, por ejemplo, mira dónde terminó. Mis padres se han ido desmoronando junto a mí. Marta, una mujer buena y ejemplar, se ha ido paulatinamente arrancando el cabello por mis locuras. Toda persona que se me ha acercado y unido lo suficiente resulta envuelta en el mismo abismo. No me extrañaría, aunque te parezca cruel, que tú también acabes algo parecido. Todo se nos diluye en nuestras manos, excepto el dolor. Sin embargo, me gusta esta tierra de extraños incansables maltratadores de sí mismos, me siento entre familia, y bueno, aquí puedo comprar lo mejor a menor precio, tú me entiendes.

El día en que Marta regresó a Cartagena sigilosa de Italia, la rara y misteriosa amistad entre Sandra e Ivano llegó a su fin. Marta, unos meses atrás, había sido restituida a su trabajo en el extranjero, pues, según ella, se tomaría un respiro: su relación con Ivano iba de mal en peor, y sus constantes intentos de negocios en este barrio habían fracasado. Alguna buena amiga ¿O chismosa? La estuvo llamando a decirle que la jovencita, la culicagada, Sandra, la hija de la bizca de Gladis, le iba a quitar su marido si ella no se ponía las pilas. Marta se hizo la del oído sordo: conocía y confiaba en Sandra. No obstante, después de tanta insistencia, viajó sin previo aviso. Marta atravesó la puerta, y justo en ese momento Sandra estaba acostada al lado de Ivano en el mueble de la sala. Ni el italiano se salvó. A Sandra, prendiéndola del pelo, la arrastró por el piso. A él lo amenazó varias veces con una navaja. Esa noche si la bizca de Gladis no entra a salvar a su hija y evitar una tragedia en este momento serían tres los muertos, porque lo más probable era que Marta también se mataba. Ivanodespués de la amarga y violenta despedida siguió viviendo allí, encerrado, durante un par de semanas, y después desapareció sin dejar rastro. Ahora solo queda una casa derruida por el abandono al final de nuestra calle, frente a los nuevos vecinos, desde donde conversamos.

Desorden celestial



I

Su casa era un desorden celestial: las ramas de los árboles rompían las paredes, se asomaban por el techo, se enredaban en las rejas de las ventanas y puertas; las raíces como planta de ñame violando tierra hacían pequeñas y aisladas montañas en el piso de baldosas, ahogado por la arena que brotaba de él. Había frutas regadas, obstruyendo el paso. Las gallinas cacareaban en la cocina. El gallo cantaba desde cualquier parte. Los puercos hociqueaban el comedor. El perro se cagaba las esquinas. El burro rebuznaba en el último cuarto. El mar caía como lluvia en el baño. El viento, los días y las noches acariciaban sin inconvenientes cada rincón de la casa.

II

Ella despertó, la costumbre se lo indicaba, a las cuatro y punto de la mañana. Tenía frío. Lanzó maldiciones sobre los pájaros dormidos encima del abanico, porque ellos nunca han conocido la razón por la cual no los manda a volar a otra parte: dañar ese aparato que le causa tantas molestias. "Si no fuera por Ana Felicia, que es quien me pondría la lengua si me atreviera a apagarlo –se dijo, escuchando la voz suave, silbante, ininteligible, que sus labios mascan cuando habla sola–, no estuviera esperando el favor de esas aves buenas para nada, sino que yo misma lo hubiera destruido".

Se levantaría para realizar la acción inmediata a su despertar: café. Se desarropó y se sentó en el borde de la cama. De súbito, como baldado de agua fría, martillaron insoportablemente los costados de su cerebro. Recordó que ese dolor de cabeza siempre la

ha acompañado, pero no pudo decirse cuándo empezó: ¿Sería una herencia milenaria, familiar o de vida? ¿Cada uno de los insostenibles golpes cerebrales que han martirizado todos sus días, sin tregua, sin ceder a pastillas o bebedizos, palparían por los maltratos, golpes y abandonos de alguna vida remota, por la de algún familiar ya muerto o por la suya propia?

Buscó en la oscura madrugada sus chancletas. Sus pies ciegos tantearon el piso: rozaron algo duro en forma de totuma. Impaciente por descubrir aquello inclinó la cabeza, como tratando de encontrar una aguja en un pajar. No lograba ver nada; en cambio, toda su sangre corría hasta sus sienes y desde ahí beneficiaba los golpes que en ellas anidan. No obstante insistió, ahora con las manos. Por fin. Recuperó su postura y pudo interrogar a la protuberancia como lo haría un ciego delante de un rostro por conocer. Dichosa identificó al morrocoyo que llevaba alrededor de siete años desaparecido. “bonita hora en que vienes a aparecer –decía–. Estás como las desgracias: florecen cuando menos se les necesita. ¿Dónde andabas metido? ¿Por qué te perdiste justo en semana santa? Me imagino que tendrás tu guarida debajo de la casa. ¿Cómo es que te llamabas? A ver, a ver, no logro recordar. ¡Eso es!...”

— Qué tanto hablas abuela. Qué haces despierta –interrumpió una voz casi dormida desde el otro lado de la cama.

— Ya son las cuatro bastante pasadas. Tengo que hacer café.

— No, no. Olvida eso. Yo lo hagomás tarde. Ven, duerme un poco más.

“En qué íbamos... ¡Ah, sí! Tu nombre te lo puso Yeison. ¿Recuerdas a mi nieto? Por desgracia yo recuerdo sólo su nombre. Yeison, entre nos, era mi nieto preferido. Cuántos años que no lo veo...”

— Abuela...abuela. Por favor, me vas a despertar a la niña.

— Ana Felicia, mira lo que encontré –giró su rostro sobre su hombro. Adivinó, porque su vista no le permitía distinguir a la niña arropada junto a la mujer, y estiró la mano hacia ella.

— Sí, sí, como tú digas abuela –rechazó la mano temblorosa y lo que ella empuñaba–, pero, por favor, deja la bulla que me despiertas a María Belén.

III

La mujer preparaba el desayuno, lavaba los platos y ordenaba la cocina. Tenía que desviar la atención constantemente de sus quehaceres para vigilar a María Belén, que jugaba a sus pies, y a la abuela sentada en la sala, mascullando palabras, inclinada de tal manera que parecía que fuera a sembrar sus manos y ojos en el piso. Su mirada seguía los extraños movimientos que realizaban sus manos sobre las relucientes baldosas, como si sus dedos intentaran robarle su brillo.

— Abuela.

— ...

— ¡Abuela!

— Dígame Ana Felicia –dijo, aún inclinada, y sonriendo con sus escasos dientes pintados de negro y amarillo. Sonreía como si hubiese alcanzado el éxito esperado después de una jornada de trabajo.

— ¿Qué haces? ¿Por qué no levantas la cabeza y recuestas tu espalda a la silla?

La abuela no dijo nada. En vez de hacer lo que la mujer le ordenaba con preguntas se levantó y dio pasos inseguros, como siempre, en dirección a la mujer, abstraída de nuevo en sus ocupaciones. Caminaba con las manos extendidas, juntas, temblorosas, con las palmas hacia el cielo. Cuando sus brazos sobrevolaron el mesón de la cocina, y las puntas de los dedos casi tocaron el rostro de la mujer dijo:

— Tome Ana Felicia, le regalo estas frutas y esta yuca harinosa.

La mujer, indiferente, como si esa a la que se dirigía la abuela no fuera ella, recibió con su mano derecha las frutas y la yuca; sin abandonar con la izquierda los huevos revueltos, el café con leche y los patacones. La abuela volvió a la silla, y la mujer depositó en la caneca de la basura la cosecha. Por fin había terminado el desayuno y se dispuso a servirlo.

IV

La casa se sumergía en su silencio más profundo después del almuerzo, a la hora de la siesta. La abuela era la única que rechazaba la calma ensoñada para ejercitar sus músculos y

sentidos: caminar de un lado a otro de la sala; explorar los cuartos; asomarse en las enrejadas puertas y ventanas, añorando salir al patio o ir al mercado del pueblo para satisfacer las vanidades necesarias del estómago y la casa; disfrutar el rumor lejano, vago, de los árboles, los animales y el mar; observar el sueño desnudo de Ana Felicia y María Belén.

— ¡Hola, señora Roquelina! ¿Cómo está usted?

— ...

— Cuánto tiempo sin saludarla. ¡Dónde se había metido! ¿Aún se acuerda que a mí me gusta llamarla seño Roque? ¿No se extrañó cuando la llamé por su nombre completo?

— ...

— Usted se parece tanto a mí. Sus ojos se envuelven en un dolor profundo y callado. su cuerpo está tan arqueado por el cansancio, que ni siquiera Dios con todo su poder podrá enderezar...

— ...

— Cómo pasan los años, cierto seño Roque? Ayer no más estábamos usted y yo vigorosas; con suficientes fuerzas como para ordenar el universo y sembrar el sol y la luna. ¿Y ahora? Ahora los años nos han arrastrado con sus pesos y equívocos. Todos nuestros seres queridos se han ido: algunos hacia su santa gloria y otros se ausentan tanto que uno se olvida que están vivos. Por suerte tenemos a nuestros nietos que nos visitan en vacaciones, sin falta. Claro, usted tiene mayor compañía, cierto? Allí vive usted con su nieta y su

tataranieta, quienes le brindan su calor todos los días. Ayer las vi. ¡Cómo están de hermosas! Aunque, acá entre nos, su tataranieta está secando a su nieta, la veo cada vez más flaca. ¿O me equivoco?

— ...

— Por lo visto usted está decidida a no decirme nada. La última vez también tomó la misma actitud. Me pregunto por qué. ¿Qué le hice? Bueno, pero no importa. Yo me siento feliz de verla y saludarla. Y aún más cuando aprovecho para proponer que cambiemos arroz por coco. ¿Qué me dice?

— ...

— Dígame... acepta o no señor Roque?

— ...

— Bueno, al menos dígame: ¿por qué está brava conmigo?... ¿Por qué no quiere responder a ninguna de mis preguntas?...

— ...

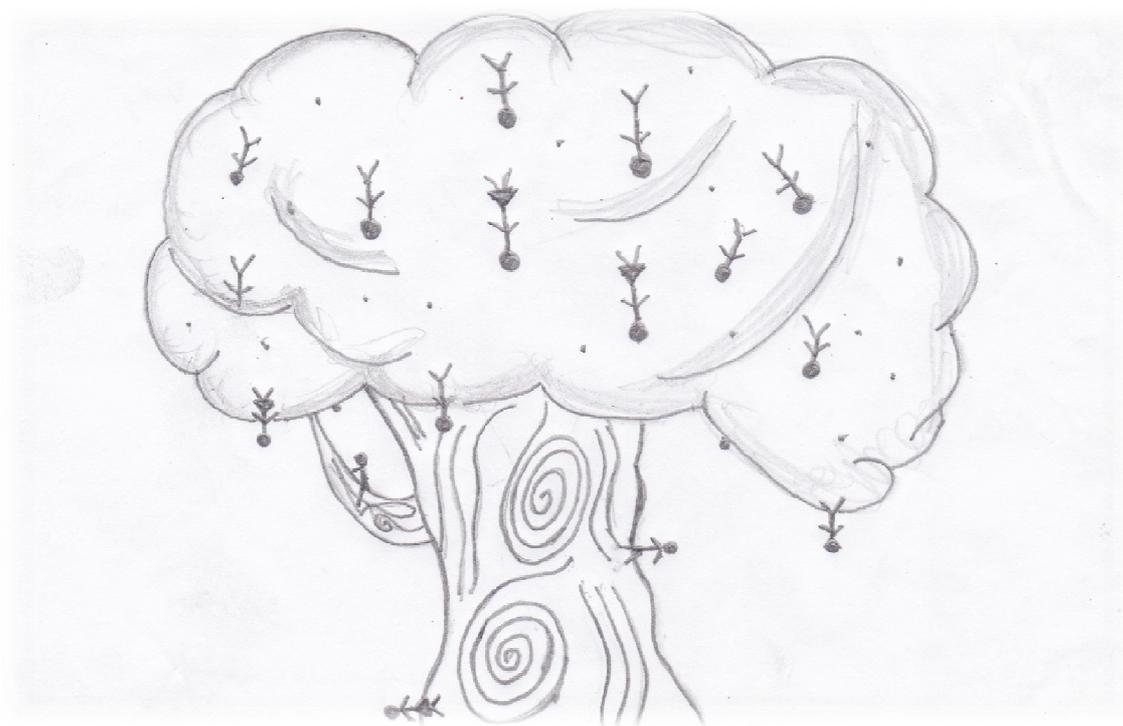
— ¡Abuela...abuela! Qué haces allí –preguntó la mujer desde la cama, mirando con el rabito del ojo a la abuela parada en un rincón del cuarto.

— Aquí Ana Felicia, hablando con la señora Roquelina, Roque para mí, una muy buena amiga. Tenía ratos sin verla por estos lados del pueblo. Ven te la presento.

— ¡Ay, abuela! –dijo la mujer, como si se hubiera quitado todo el peso del mundo, como si se preparara a revelar el misterio del ser—. Esa no es ninguna amiga tuya, ombe, ese es el espejo; quien se está reflejando allí eres tú. ¿Acaso no te das cuenta? ¿De dónde habrás sacado ese nombre: Roquelina? Que yo recuerde en ese pueblo no hubo nadie que se llame así. ¡Ah! Mi nombre tampoco es Ana Felicia y tú no estás en el pueblo, no estás en tu casa, estás en la ciudad de Cartagena, ¿acaso no te das cuenta? Aquí no hay fruta ni yuca para sembrar y recoger; no hay animales para criar, arboles para guarecerse ni patio que disfrutar. ¿Cuándo lo vas a entender? ¡Ay, abuela! Por qué mejor no vienes y te acuestas con nosotras. Ven, aprovecha que Cartagena a esta hora es muy agradable. Ven, descansa un poco.

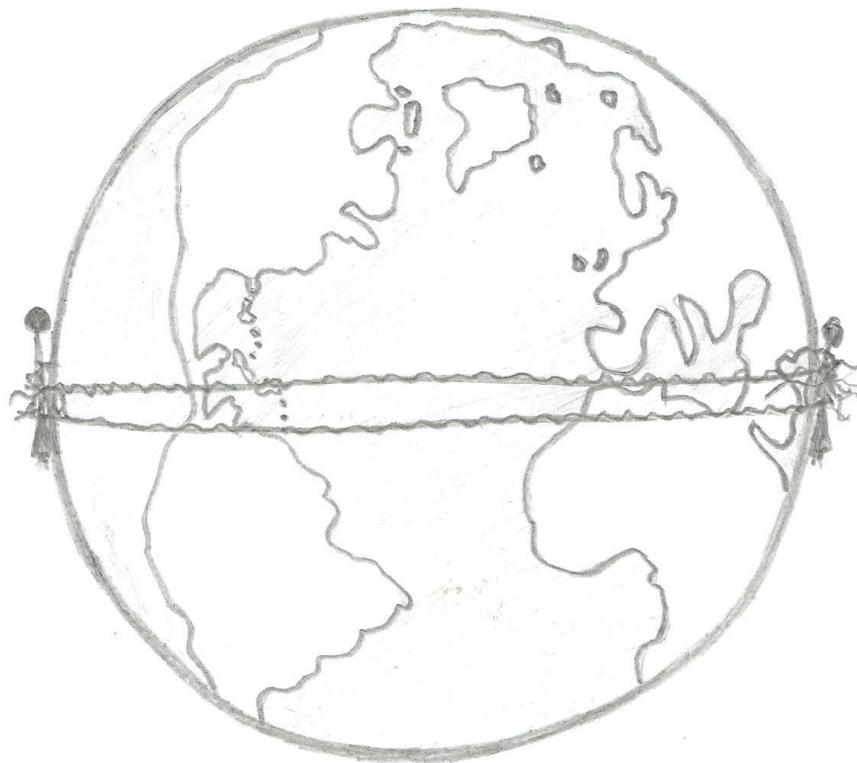
La abuela con su silencio habitual dejó de mirar a Ana Felicia y volvió el rostro hacía el espejo, esperando que la señora Roquelina dijera algo, que respondiera algunas de las preguntas. La mujer acostumbrada al temperamento testarudo de la abuela no le importó darle la espalda, y abrazar con delicadeza y tranquilidad a María Belén, quien dormía desnuda con las piernas abiertas en la mitad de la cama. E indiferente a los siseos y movimientos de la abuela dejó que el sueño volviera a atraparla.

Pasos para llegar a ser flor



Las puertas y ventanas se cierran a su paso. Su respiración entrecortada resuena por toda la calle principal. Sus pies repletos de temor, cansados, torturados, golpean de tal forma el pavimento que parece que se hundieran en arena movediza. El aire palidece en sus pulmones, el sol lo ciega, los verdugos que lo han perseguido por más de una hora siguen pegados a su sombra. Sus piernas desfallecen ante la ilusión de la meta inexistente. Su energía se agota como los sabores dulces en tiempos amargos. Quisiera pensar que lo acaecido a él y a su familia no es más que un sueño, el peor de los sueños. Quisiera calmarse y concentrar fuerza de voluntad para despertar. Cierra los ojos como un niño esperando la desaparición de la noche. Su corazón ha dejado de cabalgar. El sudor ha dejado de correrle. "Sólo fue una pesadilla", se dice. Abre los ojos y ve matarratones, maleza y la fachada trasera de una casa magullada por el tiempo, la polilla y la pólvora. Intenta mirarse pero no puede. Con la ayuda del agua estancada en las fosas que invaden el patio logra reflejarse: es una, sólo una de las flores del oxidado mango que alumbran la soledad del cielo.

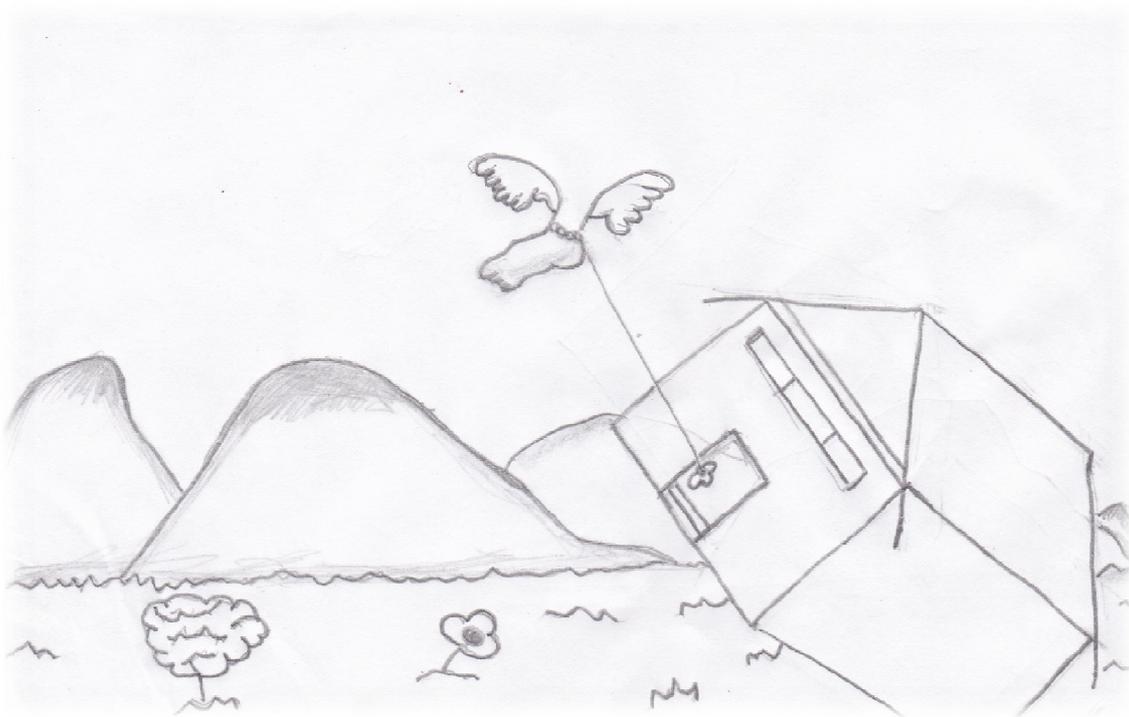
Dora



El pasar de los días hace crecer más y más esta cama este cuarto a mí queriendo aplastarme. Me gustaría tenerlo a mi lado. Extenderé la mano tocaré su tosca mano su cuerpo bien formado su baba olorosa a nicotina su palomorenoguardado. Me sacudirádirá que es cansancio. Me despertarán sus ronquidos sin perder tiempo prepararé café. Lo despertaré para que llegue al trabajo al despedirse un beso indiferente pero sabroso. Le advertí que los postes son y se marean no hizo ni pizca de caso siguió revolcándose con esas zorras ni siquiera una ni en el entierro del hermano llevó a la perra que vendía chance su familia es una alcahueta no respetó que iba con mis dos hijos les di plata para que se devolvieran a casa esperé al final fuera del cementerio con el olor a muerte frente a nosotros mis uñas le marcaron la cara la hijueputa me arrancó cabello nada de eso sirvió lo amenacé otra vez con la mano en la masa te corto las bolas y a ella le pego un tiro Marcos me prestó un revolver tenía mucha energía guardada en el aire cocinándoseñameplátanooolíamoslambíamos echó sopa fuera de mí acabó muy rápido nada lo hizo cambiar Daniel me dijo con el peor padrastro que hemos tenido te quedaste espía a María mientras se baña me mostró revistas y películas de sexo porque era hora de paja María dijo que una noche se paralizó porque la mano peluda le recorrió debajoencima de la ropa en la negrura de la mañana él con un billete de mil y un gracias por haberte dejado por ellos soy capaz de sacarme los ojos para darles de comer a él no lo quería perder no le reclamé hubo peleas y peleas nada de eso lo hizo cambiar hasta que el vaso rebosó. Ya no volverá. Está con la vendedora de pescado o con la confitera les pedirá experimentar por otro hueco paciencia porque esta quincena no puedo dar plata comprensión porque tu eres mi dueña la que vive conmigo no me veo con ninguna ¿Dios qué he hecho? ¿Por qué mis padres me tiraron como bolsa de pollo en manos de Abuela? ¿Por qué hubo tantos

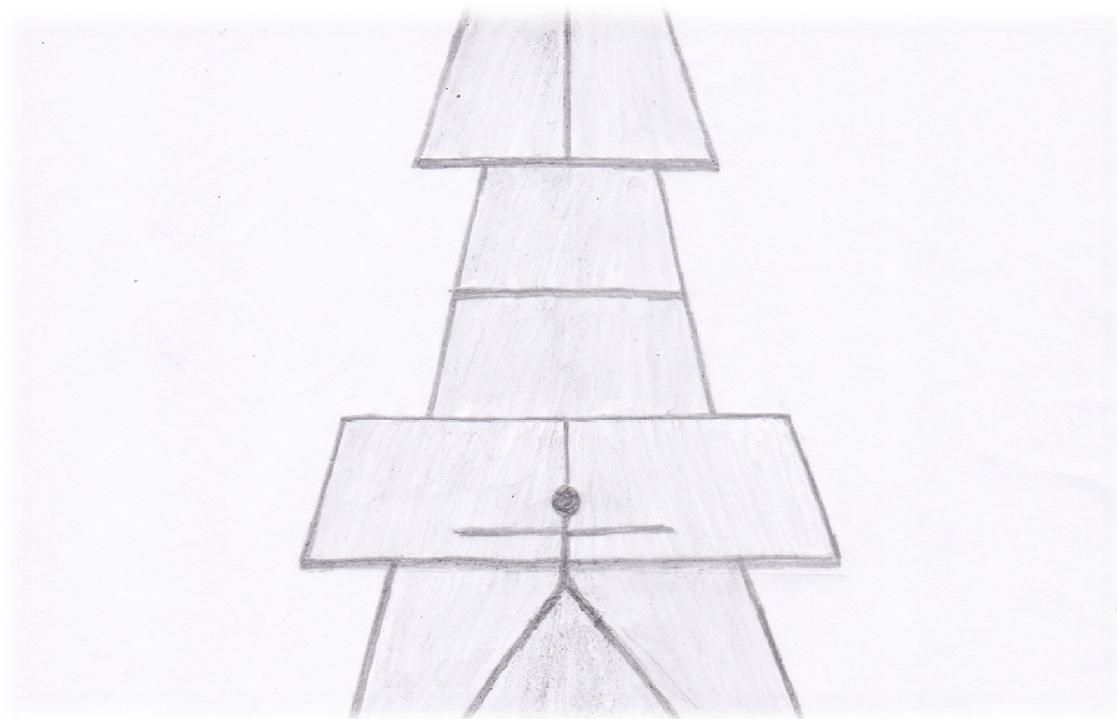
maridos como abortos? ¿Por qué creer encontrar el amor y perderlo como la moneda que se cayó en el excusado mientras cagaba? Todo y todos me han abandonado como el niño a su madre después del aborto. Ya no aguanto. Ya no pienso. Tengo otro palodoblado grande. Soy ahora la otra. ¿Su mujer sentirá que la respiración es un gusano? ¿Ganaría un televisor de segunda y una cama ruidosa? Estará acostada escuchando el llamado de la noche. Su garganta está seca. Sus pies calientes. Dudará. Prender o no prender el foco. Mirar o no mirar en el espejo el sudor las arrugas el dolor. Ir o no ir por agua a la cocina. Entrar o no entrar silenciosamente al cuarto de sus hijos arrodillarse llorar besarlos despedirse. Permitir o no permitir a la cuerda o al matarratas que ayuden de una vez por todas a la noche a extender sus bonitas alas sobre ella.

El reo



El reo es vigilado por los pasos de dos guardias en busca de la sala de audiencias; a su lado, la mano cálida de su mujer y en sus brazos la sonrisa virgen de su hija de cuatro meses. Al entrar, un beso doloroso en los labios gruesos de su dueña y otro en los delicados de su niña. Estaba seguro que ese momento nunca llegaría, pero estaba ahí. No hay oportunidad de volver junto a ellas, a la celda mohosa y húmeda. El tiempo es corto. Sólo un saludo monótono al abogado defensor, y la audiencia pasa tan rápido como el viaje de un sonido no escuchado. El golpe acostumbrado del martillo del juez, su voz altisonante: el reo 15973000... Es declarado inocente! La sala se llenó de gritos, lágrimas, insultos, insultos. "Mi bebé", se dijo el reo mientras los guardias le ponían las esposas. "Mi mujercita. Qué será de ellas". En contra de su voluntad fue separado de su mujer y su hija y conducido a la casa de sus días de libertad. No tuvo sino miradas de sufrimiento hacia aquellas paredes coloridas y secas que lo tienen libre

Mi más ardiente verdugo



I

Antes de que la pólvora fuera la niebla eterna en el aire olvidado del pueblo, y barnizara sus árboles y calles. Antes de que abandonáramos la finca de horizontes difusos y su laguna encantada para vivir por el resto de los días de mis padres, y tal vez por el resto de mis días, en la cerrada Cartagena con su sucia laguna, la ciudad que se ruboriza al ser visitada por sus nativos. Antes de que cambiáramos nuestra casa amplia con patio, traspatio y terraza, igualmente amplios, por una casucha reducida sin patio que apenas nos dejaba respirar. Una caja de fósforos, como la solía llamar el fantasma de mi padre. Mucho antes de que nos resignáramos en tierra ajena a compartir nuestro amor incompleto Rosalba Martínez Galindo, Rochi como le decimos todos, mi hermana, era mi más ardiente verdugo.

II

En la casa amplia siempre fui la víctima de Rochi. Juro que sólo buscaba compañía en ese vasto paraíso. Al verla leer y jugar sola, silenciosa, en algún rincón de la casa, debajo del palo de mango o a las orillas de la laguna encantada iba a su encuentro, con la ilusión de que aceptara mi humilde presencia. Pero no. Cuando ella me advertía a través de sus anteojos resguardaba en su castillo de madera podrida sus libros, sus hijas Barbie piratas y sus víveres de colores gritones. Se levantaba a prisa y hacía pose de vigilante celoso. Yo detenía mis pasos a sólo unos centímetros de ella con las manos entrelazadas a mi espalda. Mi cuerpito empezaba a mecerse suavemente de un lado a otro. Mis ojos insistían en mirar

el interior de su castillo. Ella vociferaba un rotundo no, cuyas gotas de saliva atravesaban mi piel. De improvisto, mis manos caían en su pecho acompañadas del vigor necesario para mandarla de nalgas a la lona. Rochi era débil: no más con un empujoncito y estaba llorando, estaba pidiendo a gritos el auxilio de mamá. Ni siquiera intentaba levantarse. Aunque realmente yo le impedía moverse, halándola por el cabello.

Mamá siempre atinaba aparecerse justo en el momento en que me defendía de los desprecios y humillaciones de mi más ardiente verdugo. Ella sólo escuchaba las lágrimas de Rochi, y las compensaba imprimiéndome dos o más golpes con su mano, o dos o más con una barrita seca de matarratón que destinaba, como ella solía afirmar, para que mi árbol creciera recto. En el peor de los casos, dos o más golpes con lo que en el momento tuviera en las manos. Mi piel enrojecía, a veces sangraba. Mi fuerza disminuía hasta desaparecer. Mamá encolerizada me preguntaba: ¿Cuál será el día que no causes problemas? ¿Cuándo serás como tu hermana? Mis lágrimas olvidaban el dolor físico y concentraban su atención en los golpes sin sentido, en condenas a inocentes.

Por más empujones y haladas de cabello Rochi nunca me permitió saciar el hambre, consentir a sus hijas, observar sus libros, visitar su castillo. Yo no entendía su actitud, creo que hoy día sigo sin entender. ¿Por qué se comportaba así conmigo si yo era su hermanita menor? ¿Acaso no se supone que las hermanas mayores deben proteger en su regazo a las menores? Al menos eso hacía Sara con mi amiga Camila, su hermana; quienes vivían en la casa amplia de al lado.

III

Gracias a Dios tenía al fantasma de papá. Él entraba todas las noches a mi cuarto mientras yo dormía. Y todas las noches soñaba con él arrullándome con su aliento y besos. Ese instante era lo único en el planeta tierra que lograba el olvido del infierno de Rochi. Era como si el fantasma de papá con cada caricia y beso de ultratumba nocturno me cantara: No te preocupes, yo sanaré tus heridas.

IV

Siempre fui bondadosa y defensora de la salud de Rochi. Por eso deseaba que ella dejara de jugar y leer en su mundo infranqueable, debido a que cualquier día el sol amenazaría con calcinarla, los árboles con aplastarla, sus muñecos la acuchillarían. Algún día sus libros cobrarían vida propia, y las letras y hojas saltarían en su rostro y cuello y la dejarían sin aire. Yo sólo quería estar en ese momento para defenderla, para combatir a su lado sus males. No obstante a Rochi le gustaba el mal como al burro: nunca escuchó mis consejos.

Temerosa de que mi imprudencia volviera a interrumpir aumentó la soledad y el silencio en sus lecturas y juegos. Medida, por supuesto, injustificada (al menos lo fue durante algún tiempo). Yo me limitaba a vigilarla a escondidas.

Y cuando menos se lo esperó, bum, aparecí yo con la frente en alto, decidida a hacerla entender por las malas lo que por las buenas no había querido. Su castillo de madera podrida fue migajas para mis pies, sus libros basura para mis manos, sus hijas Barbie

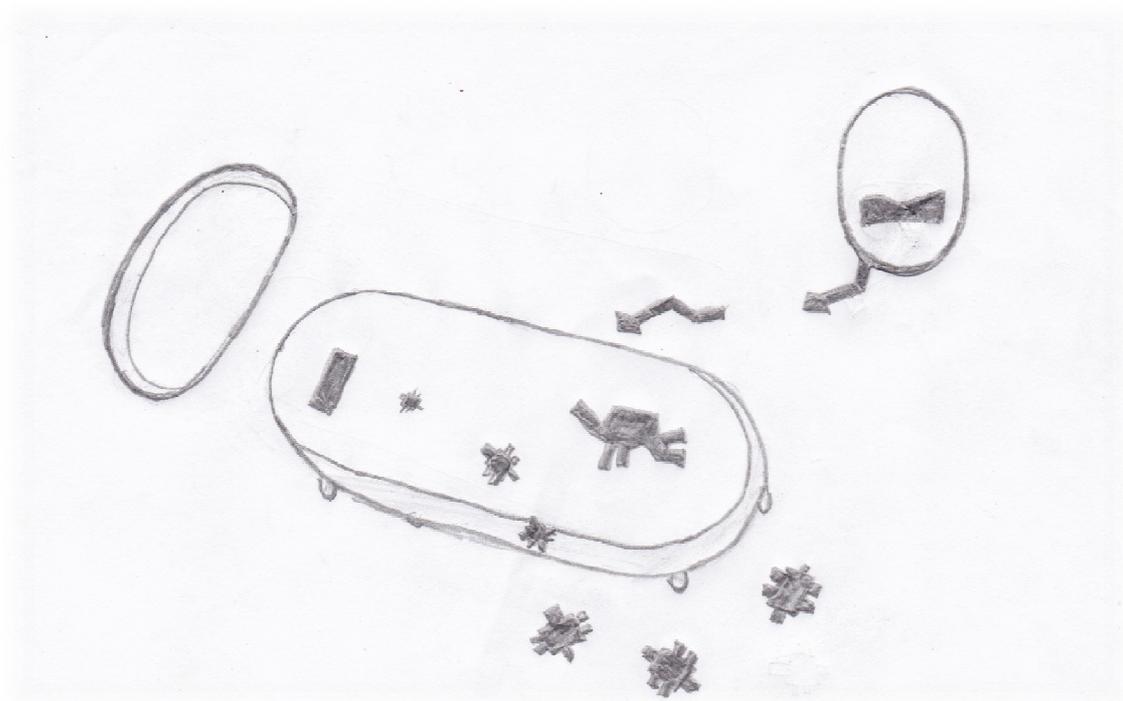
piratas barro para mis uñas. Ni sus lágrimas ni sus gritos de auxilio materno me detuvieron. Intentó correr pero yo la intercepté en la cocina. Mi sonrisa, más y más amplia, se deleitó sacándole las tripas a las hijas enfrente de la madre. Rochi no soportó la escena: valiéndose del trapo de cocina agarró una ollita llena de agua que estaba en el fogón encendido. Amenazó con vaciármela encima. Yo me protegí con sus hijas torturadas. Los minutos pasaron. No oía nada, no sentía el agua despellejando mis partes del cuerpo que habían quedado desamparadas. Mi temor cesó un poco. Decidí desprotegerme. Su mirada, fija y paciente, esperaba la mía. Su mano alzaba la ollita, como si preparara un sacrificio. Y de un tirón, wua, la descargó sobre su cabeza. El agua recorría su cuerpo con la misma violencia que su voz gritó: Mamá. En un instante nuestra madre estaba con nosotras. No preguntó: dedujo lo que había pasado. Caminó de prisa hacía el llanto ciego de Rochi. Menos mal que la olla la puse hace unos segundos, murmuró. Luego caminó hacia mí. En vez de palabras de aliento que nunca llegaron apretó mi antebrazo y me arrastró al final del patio. Las injurias de mamá ahogaron mis suplicas. Mi cuerpo y alma sufrieron el áspero, el más áspero en toda su vida, filo de los golpes y las palabras.

V

La noche del mismo día por más que esperé despierta y dormida los arrullos y besos sanadores del fantasma de papá no aparecieron. Estaba desesperada: lo llamé en vigilia, lo llamé en sueños, lo llamé entre dientes y calmada, lo llamé a viva voz y en llanto. Lo llamé durante largo, largo, tiempo hasta que mamá desde el umbral de la puerta de mi cuarto dijo:

Te vas a dormir o quieres dormir calientica. Todo estuvo claro para mí: él, mi héroe, mi Jesucristo, mi fantasma, también se había dejado influenciar de mi más ardiente verdugo. Aquel día me conformé con musitar su nombre entre sueños.

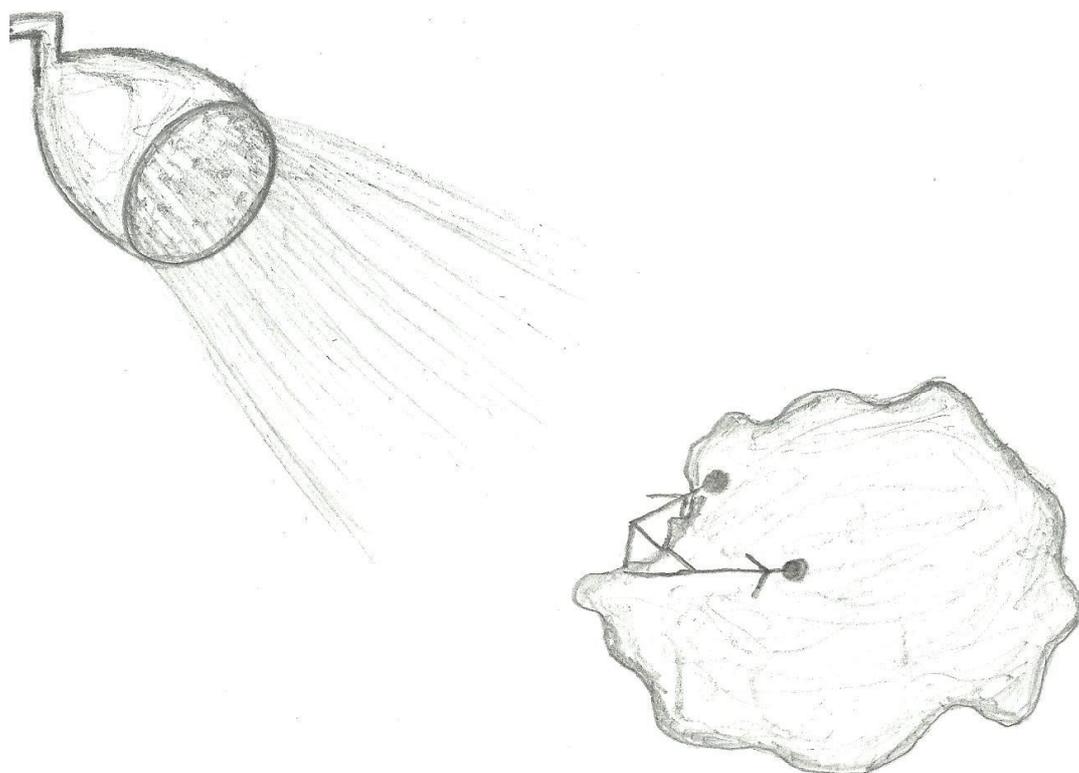
Transformaciones



Cada día despierta siendo uninsecto diferente. Y cada día el cuarto y la cama son testigos de tentáculos, babas y figuras diversas. No hay padres, hermanas ni jefes. Sólo ella que con su mirada instigadora le dice: No te hagas el bicho raro y ve a trabajar.

Vainas del amor

A Jennifer Pérez Flores



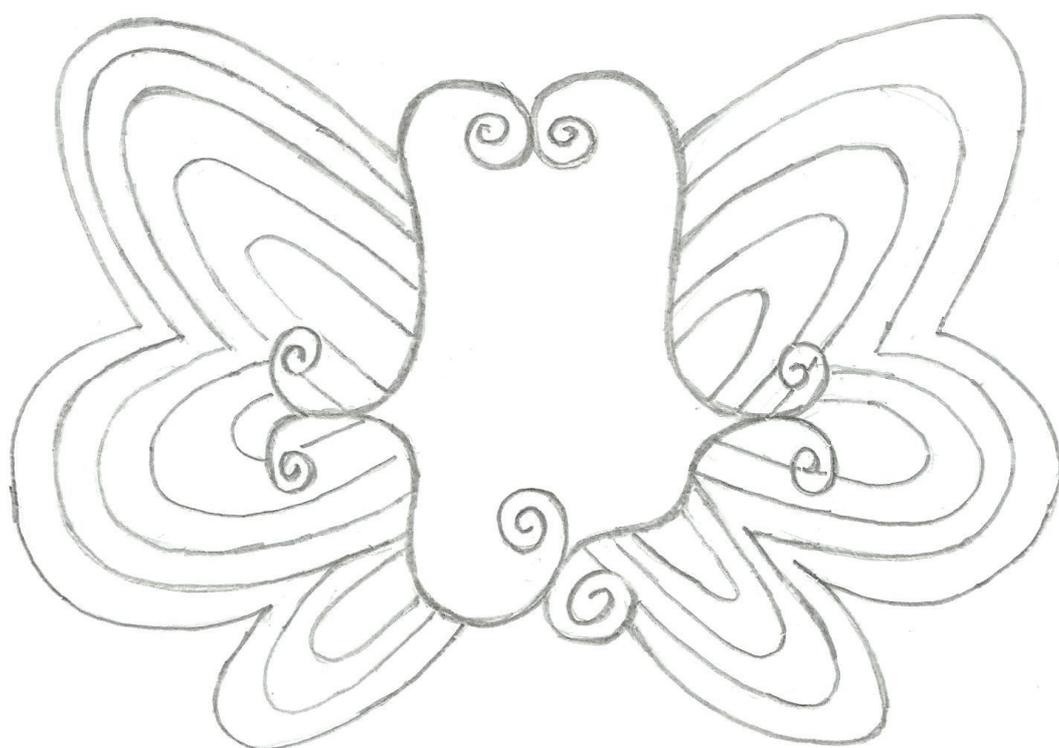
Caminaba de su cuarto a la cocina. Medía cada paso, lo hacía como si el piso embaldosado y reluciente se lo agradeciera. Limpiaba con calma, precisión, en detalle, la 9 mm acariciada entre sus manos. Entonaba una canción de reggaetón que era uno de los éxitos del momento. Cantaba y cada palabra le restregaba una parte amarga y reciente de su vida. Cada palabra se desprendía de su tórax, atravesaba su garganta, rasguñaba su lengua y boca y él tenía que hacer un gran esfuerzo para que sus labios no se desmoronaran de dolor al vomitar al aire sílaba tras sílaba. Su mente era una estrella blanca en un universo blanco. Su cuerpo estaba destrozado, tan destrozado que se aseguró a sí mismo que el hombre que caminaba, limpiaba el arma y entonaba un reggaetón eran tres hombres distintos.

Se detuvo en la entrada de la cocina y un gemido ahogado, de esos que sólo un niño en medio de la noche podría liberar, salió desde uno de los rincones. El gemido provenía de una mujer que tiritaba atada cerca de la nevera. Tenía una hermosura desfigurada por los moretones, las lágrimas y la sangre. La mujer trató de esforzar sus ojos hinchados para lograr ver, como si fuera su último ruego, el rostro, el hombre inexpresivo parado frente a ella. Sacando fuerzas donde no tenía dijo:

— ¿Por qué haces esto?

— Porque te amo —respondió tajante el hombre. Y antes de que la frase pudiera confundirse con el olor a comida vieja y sin servir, se escuchó un estallido que hizo temblar todo el apartamento, todo el edificio, toda la ciudad.

Reinado de belleza



Se enteraron que solíamos jugar al reinado de belleza por las tardes al regreso del colegio y, entonces, el silencio en la casa fue mayor. Todos supieron lo que pasaba en el rincón izquierdo del final del pasillo, pero nadie dijo nada. Ni siquiera papá que por ser el alma ausente del hogar podía criticar libremente desde afuera, con la tranquilidad del espectador. Cada integrante de la familia se comportó como si después de presenciar una masacre se hubiesen atiborrado la lengua con arena de mar para que sus finos granos no dejaran escapar el más leve intersticio, el más leve suspiro.

La primera en enterarse y callar fue nuestra cuñada Rosalba. Rosalba, una jovencita de quince años que Harold, nuestro hermano mayor, había embarazado y traído de un pueblo cercano a Cartagena (ciudad en la que nuestra familia siempre ha vivido). Rosalba era menuda, esquiva y sumisa. Tan esquiva y sumisa que prefirió guardar silencio antes de que las miradas giraran alrededor de ella, antes de que una palabra suya cambiara el destino de mi hermanita Linda y el mío. Toda la familia se comportó como Rosalba: mamá, papá, nuestros tres hermanos mayores e incluso Linda y yo guardamos en el baúl olvidado de la mente lo que ocurría en nuestro juego. Nadie quiso poseer la espada que cortaría de un tajo la historia familiar.

El escenario del reinado de belleza era la clara y caliente sala. No obstante con la llegada de Rosalba lo cambiamos por el oscuro y cálido rincón izquierdo del final del pasillo. Al cambio de escenario le sumamos el momento indicado, ese en que Rosalba se ocupaba de Luis Miguel, nuestro sobrino, y de los quehaceres de la casa. Amábamos la soledad en nuestro juego, amábamos estar solos como hormigas en isla desconocida y paradisíaca.

Amábamos ese escenario donde el hambre, el desierto, la noche y el miedo visceral y acerado a punta de golpes maternos no existían. Allí solo estaban nuestros dos cuerpos sobre la pasarela.

Nuestras precauciones no sirvieron de mucho. Al menor descuido, zas, Rosalba entre los invisibles espectadores, viendo atónita el reinado de belleza. Sólo exclamó un "ay" o un "ajá" o un "con que sí"; no recuerdo muy bien, el asunto era que nuestra cuñada nos había descubierto en pleno reinado. Hicimos todo lo posible para que su imaginación no volara pero no había mucho que hacer: lo visto, visto estaba.

El miedo sudaba y latía en nuestro interior; no por Rosalba sino por nuestra madre. Rosalba nos había demostrado que por más que la hiciéramos enojar, por más que amenazara con acusarnos, al final no pronunciaba ni jota. Pero de nuestra madre... de nuestra madre esperábamos lo peor. Aunque esa vez... esa vez vimos a una Rosalba demasiado decidida por la sorpresa. Sólo nos quedaba preparar nuestras pieles para que mamá las tatuara con indelebles apocalipsis.

La casa se fue llenando: primero dos de nuestros tres hermanos (el tercero, Harold, el marido de Rosalba, se había ido a vivir a otro barrio, con otra mujer). Después nuestro padre, quien saludó, cenó y se fue a dormir. Y por último mamá. El miedo se empapaba en las manos y se asomaba en nuestros pechitos.

Mamá cenaba con las manos (nunca utilizó cubiertos), sentada ante al televisor. Sufría tanto la última telenovela del día que algunos pedazos de arroz y frijol con carne se le

escapaban de la boca puntiaguda; por un momento pensamos que la televisión era la vida real y ella uno de los personajes de la telenovela; por un momento dudamos estar fuera del televisor. Rosalba la acompañaba echada en una de las sillas rimax, susurrando algunas frases de apoyo. Ella disfrutaba su cuarto de hora libre de quehaceres y de Luis Miguel viendo televisión hasta las doce o una. Linda y yo goteábamos miedo por los poros detallando, desde una discreta rendija de nuestro cuarto contiguo a la sala, los movimientos imponentes y exagerados de mamá y los sumisos y apagados de Rosalba. No habíamos advertido nada que nos señalara, sin embargo no cantamos victoria hasta ver el pesado cuerpo de nuestra madre levantarse de la silla y arrastrarse hacia su cuarto, hacia la sombra arrojada de pies a cabeza que entre sueños la oiría entrar, desvestirse y acostarse a su lado.

Al día siguiente habíamos regresado del colegio y Rosalba mirándonos, como lo harían los ojos amorosos y comprensivos de mi profesora Rosa Escamilla, mientras almorzábamos dijo:

— Sí vuelven a hacer lo que estaban haciendo ayer, juro ante Dios y ante mi papá que está bajo tierra, que se lo diré a su mamá.

— Pero... si sólo jugábamos al reinado de belleza –dijo Linda, dejando caer algunas migajas al suelo.

— ¿Jugando? ¿Y quién les dijo a ustedes que eso era un juego?

— Nadie. Pero nosotros sentimos que, que...

— ¡Nada! si los vuelvo a sorprender, sin consideración, se lo diré a su mamá.

— Pero...

— No, no, no se lo digas –interrumpí a Linda para suplicar–. Mira que me comeré todas las verduras.

— Está bien. No llores. Pero no lo vuelvan hacer.

Realmente no sé o más bien no recuerdo (sospecho que se guarda en algún lado de mi mente) el orden que siguió: ¿En qué momento dejamos de temerle a la advertencia de Rosalba? ¿Cuándo volvimos a jugar al reinado de belleza? ¿Seguimos jugando en el rincón izquierdo del final del pasillo? Porque me imagino que cambiaríamos el horario y el lugar del espectáculo para salvaguardar la soledad que se había resquebrajado ¿Quiénes se enteraron después de Rosalba? ¿Fueron Rodolfo o Manuel, nuestros dos hermanos? Eso sí, si lo supo uno de ellos, era de suponerse que el otro y los demás lo sabrían. ¿O el ausente de papá por fin se dio cuenta de algo? ¿O mamá presenció el reinado de belleza en directo, sin intermediarios? ¿O Rosalba volvió a estar entre los invisibles espectadores y sin previo aviso...? Realmente no recuerdo. Y ni para preguntarle a mi hermana Linda (quien tal vez por ser mayor que yo tenga una imagen privilegiada de aquella época) porque quizás la memoria de ella sufrió daños severos, pues recibió mayores consecuencias ya que, según mamá, fue "la promotora y patrocinadora de esa porquería". ¡Y ni qué decir de los demás familiares! Sería hablar con la pared. El asunto del reinado de belleza quedó sellado y sepultado para siempre con la épica paliza que nos propinó nuestra madre.

Lo cierto es que aquella noche cuando mamá atravesó la puerta supimos de antemano que algo pasaba. Todos (extrañamente estaba reunida toda la familia en la sala) lo percibimos

en el aire, en la actitud con que mamá abrió la puerta, en la manera en que miró a la familia, en especial a Linda y a mí. Seguro, ahora que lo pienso, nosotros dos éramos los únicos que no descifrábamos la situación. Mamá no dijo "buenas" ni nada. Sólo caminó hacia nosotros y nos agarró de las muñecas (yo a la izquierda, Linda a la derecha) con su fuerza altanera e inquisidora de costumbre. No se escuchaba ni el aire, excepto los pasos de mamá ahogando a los nuestros en busca del reducido patio de la casa. Al llegar ahí mamá nos amarró barriga con barriga a un árbol de almendras, el único que había por cuestiones de espacio en el patio. Seguíamos sin entender nada (aunque nunca entendimos las situaciones similares creadas por nuestra madre). Y esa golpiza hubiese sido un enigma (aunque todas lo fueron y lo seguirán siendo) de toda la vida si mamá en medio de los golpes no nos hubiera gritado entre las pocas cosas que se dijeron alrededor del reinado de belleza: Esto es para que les quede más ganas de seguir haciendo las porquerías que hacen cuando vienen del colegio.

A partir de aquella noche el reinado de belleza fue hundido en la profundidad de nuestra silenciosa historia familiar. Lo más probable es que nadie en este mundo hubiera escuchado nada al respecto si yo no me hubiera atrevido a balbucear estas palabras.